

LUIS
GARRIDO

CUADERNOS DE SOCIOLOGÍA

ANTONIO CASO
UNA VIDA
PROFUNDA

LUIS GARRIDO

Prólogo de
LUIS RECASENS-SICHES

ANTONIO CASO UNA VIDA PROFUNDA

B1018
.C34
G3



* 2 9 2 7 5 *

UNAM - INST. INV. SOCIALES

TRAYectos SOCIOLÓGICOS
INVESTIGACIONES SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
MEXICO, D. F.

1961

No. Sist. Ds. 29275
55714

E1019.
C3493

DONACION
31 MAY 2001

ANTONIO CASO
UNA VIDA PROFUNDA



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Sociología de la Universidad*, por Roberto Agramonte.
Las Fuerzas Sociales, por Oscar Alvarez Andrews.
El Formalismo Sociológico, por Leandro Azuara Pérez.
Introducción a la Psiquiatría Social, por Roger Bastide.
Principales Formas de Integración Social, por L. L. Bernard.
Los Indígenas Mexicanos de Tuxpan, Jalisco, por Roberto de la Cerda Silva.
Introducción a la Sociología Regional, por Manuel Dieguez Junior.
Caracteres Sudamericanos, por Roberto Fabregat Cúneo.
La Sociología Científica, por Gino Germani.
Estudios de Psicología Social, por Gino Germani.
Eutanasia y Cultura, por Juan José González Bustamante.
Universidad Oficial y Universidad Viva, por Antonio M. Grompone.
Las Relaciones Humanas del Trabajo, por Alberto Guerreiro Ramos.
Sociología de la Mortalidad Infantil, por Alberto Guerreiro Ramos.
La India y el Mundo, por Sylvain Levy.
La Crisis Universitaria en Hispanoamérica, por Roberto MacLean y Estenós.
La Eugenesia en América, por Roberto MacLean y Estenós.
Sociología Educacional en el Antiguo Perú, por Roberto MacLean y Estenós.
La Tecnología y el Orden Social, por Paul Meadows.

- El Proceso Social de la Revolución*, por Paul Meadows.
Presentaciones y Planteos, por José Medina Echavarría.
El Problema del Trabajo Forzado en la América Latina, por Miguel Mejía Fernández.
Ensayo Sociológico Sobre la Universidad, por Lucio Mendieta y Núñez.
Teoría de las Agrupaciones Sociales, por Lucio Mendieta y Núñez.
Urbanismo y Sociología, por Lucio Mendieta y Núñez.
Valor Sociológico del Folklore, por Lucio Mendieta y Núñez.
Los Problemas de la Universidad, por Lucio Mendieta y Núñez y José Gómez Robleda.
Las Clases Sociales, por Lucio Mendieta y Núñez.
Democracia y Misticismo, por Djâcir Menezes.
La Sociología de los Opúsculos de Augusto Comte, por Evaristo de Moraes Filho.
El Mundo Histórico-Social, por Juan Roura Parella.
Tema y Variaciones de la Personalidad, por Juan Roura Parella.
Periodismo Político de la Reforma en la Ciudad de México (1854-61), por María del Carmen Ruiz Castañeda.
Elementos Económicos-Sociales del Capitalismo en los Estados Unidos de América, por Massimo Salvadori.
La Aparición del Comunismo Moderno, por Massimo Salvadori.
Las Ciencias Sociales del Siglo XX en Italia, por Massimo Salvadori.
Estructura Mental y Energías del Hombre, por Pitirim A. Sorokin.
Estratificación y Movilidad Social, por Pitirim A. Sorokin.
La Revolución Sexual en los Estados Unidos de América, por Pitirim A. Sorokin.
Métodos Científicos de Investigación Social, por Pauline V. Young.
Las Ideologías a la Luz de la Sociología del Conocimiento, por Armand Cuvillier.
La Universidad Creadora, por Lucio Mendieta y Núñez.
Instituciones de Protección a la Infancia en México, por María Luisa Rodríguez Sala.
La Situación Económico-Social del Voceador en la Ciudad de México, por Emma Salgado.
Técnicas Estadísticas para Investigadores Sociales, por Oscar Uribe Villegas.
Decálogo y Programa del Aprendiz de Sociólogo, por Alfredo Poviña.
La Criminalidad en la República Mexicana, por Alfonso Quiroz Cuarón.

- Sociología del Conflicto*, por Jessie Bernard.
- Presencia del Indio en América*, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
- Causación Social y Vida Internacional*, por Oscar Uribe Villegas.
- La Familia y la Casa*, por J. G. Robleda y Ada d'Aloja.
- Teoría de la Revolución*, por Lucio Mendieta y Núñez.
- La Reducción Sociológica*, por Alberto Guerreiro Ramos.
- Un Siglo de Revolución*, por Feliks Gross y Rex D. Hopper.
- Guatemala, Monografía Sociológica*, por Mario Monteforte Toledo.
- Sociología del Perú*, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
- La Historia como Revolución*, por Francisco Carmona Nenclares.
- Marcos para el Estudio de los Movimientos Sociales*, por Paul Meadows.
- Estudios Sociológicos. Volumen Primero (Sociología General).*
- Volumen Segundo (Sociología General).
 - Volumen Tercero (Sociología Criminal):
 - Volumen Cuarto (Sociología de la Educación).
 - Volumen Quinto, Tomo Primero (Soc. de la Economía).
 - Volumen Quinto, Tomo Segundo (Soc. de la Economía).
 - Volumen Sexto, Tomo Primero (Sociología Rural General).
 - Volumen Sexto, Tomo Segundo (Soc. Rural de México).
 - Volumen Séptimo, Tomo Primero (Sociología Urbana).
 - Volumen Séptimo, Tomo Segundo (Sociología Urbana).
 - Volumen Octavo, Tomo Primero (Sociología del Derecho).
 - Volumen Octavo, Tomo Segundo (Sociología del Derecho).
 - Volumen Noveno, Tomo Primero (Sociología de la Revolución).
 - Volumen Noveno, Tomo Segundo (Sociología de la Revolución).
 - Volumen Décimo (Sociología de la Planificación).
- Hacia una Epistemología Sociológica*, por Paul Meadows.
- Humanismo y Universidad*, por Miguel Bueno.
- Temas de Sociología Política Mexicana*, por Luis Castaño.
- Status Socio-cultural de los Indios de México*, por Roberto Mac-Lean y Estenós.
- Sociología de la Burocracia*, por Lucio Mendieta y Núñez.
- La Universidad de México. Su trayectoria sociocultural*, por Juan González A. Alpuche.
- Mendieta y Núñez y su Magisterio Sociológico*, por Roberto Agramonte.

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

ANTONIO CASO
UNA VIDA
PROFUNDA

Por

LUIS GARRIDO

Prólogo de

LUIS RECASENS-SICHES

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLÓGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, D. F.

1961

Derechos reservados conforme a la ley.



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

Impreso y hecho en la Editorial Cvltvra, T. G., S. A.

Av. Rep. de Guatemala N° 96.

México, D. F.

A MARIANO ZECENA,

*Con la devoción de su viejo amigo
y en memoria de nuestros años estu-
diantiles.*

PROLOGO

Por el Dr.

LUIS RECASENS-SICHES

Concurren en el Dr. Luis Garrido las varias dimensiones que, en trabazón profunda, integran la personalidad de un gran humanista, y todas ellas en grado eminente. En México, lo mismo que en un nivel internacional, el Dr. Garrido es conocido y muy estimado como penalista y criminólogo que ha contribuido con notables aportaciones personales al progreso teórico y práctico en este campo. Sus ensayos sobre temas filosóficos, literarios, sociales—muchos dispersos en periódicos y revistas y otros reunidos en forma de libro—contienen enseñanzas, estímulos y nuevos puntos de vista que revelan un

alma afinada en la meditación sobre los asuntos humanos del más variado jaez. Ahora, en el presente volumen, nos ofrece un magnífico estudio sobre Antonio Caso y su obra polifacética, con un doble valor: el de evocar con certera y vívidamente el espíritu y la acción de aquel gran maestro, que tan eficazmente produjo grandes progresos en la cultura humanística de México, y que regaló a su país y al mundo de lengua española nuevos tesoros de pensamiento y de sensibilidad; y, a la vez, los reflejos de la mente, valiosísima de este su evocador y comentarista, el egregio ex Rector de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México.

La lectura del presente trabajo ha reavivado en mi conciencia los perfiles y los destellos de la personalidad filosófica y del carisma docente del maestro Antonio Caso; el atractivo de sus lecciones y del diálogo con él, así como el inolvidable calor de su amistad. De Antonio Caso puede decirse que lo recordamos como gran maestro en filosofía, y como certero aficionado en todas las demás ramas de la cultura, pues su interés se proyectaba también sobre

la sociología, el pensamiento político, la literatura, la música, las artes plásticas, así como sobre los problemas de la acción. Concurrieron en Antonio Caso muchas y diferentes preocupaciones intelectuales. Su espíritu brilló conjuntamente en el cultivo de varias disciplinas.

Hoy, como siempre, a pesar de las necesidades de especialismo que la complicación de los quehaceres intelectuales trae consigo, el espíritu que es realmente superior no se confina en los estrechos linderos de un sector parcial, dependiente y fragmentario de la cultura. Por el contrario, va en busca de perspectivas de integración. Cierto que en el Maestro Caso se dio de modo ejemplar ese afán de integración de la cultura. En efecto, siendo tan múltiples y tan variadas las actividades intelectuales de Antonio Caso, tan rico el tesoro de sus inquietudes, todas ellas están articuladas en un sentido unitario y armónico.

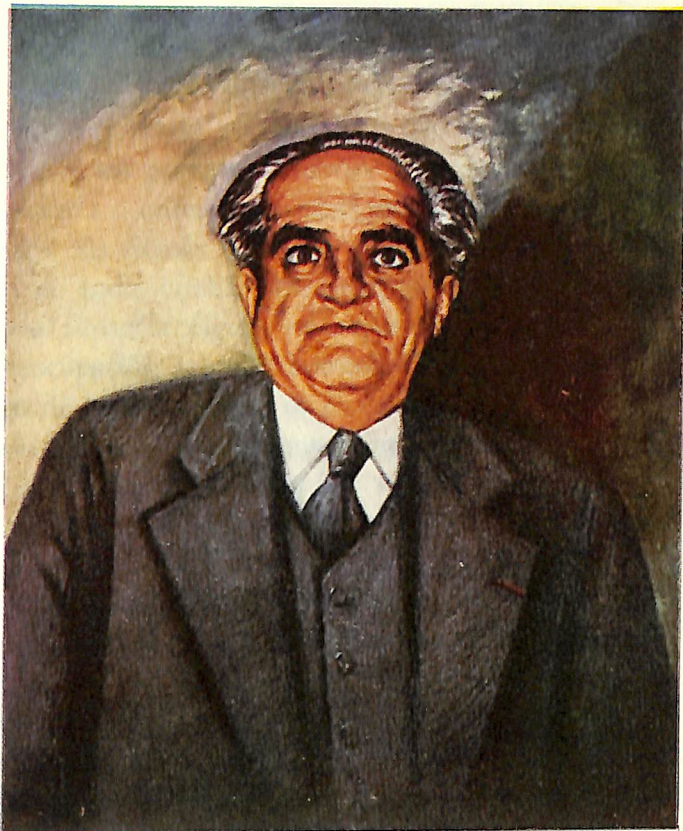
Pero mi papel aquí no es el de ofrecer un estudio sobre la persona y la obra de Antonio Caso. Aunque me agradaría hacerlo, mi evocación y re-

construcción de su vida y de su pensamiento resultarían sin duda muy inferiores a lo que las presentes páginas del doctor Garrido ofrecen. Quiero sólo subrayar que la grandeza de la figura reflejada en estas páginas tiene su digna correspondencia en el espejo del recuerdo que el Dr. Garrido le tributa.

Como tributo rendido a la vez a la memoria de Antonio Caso y a este trabajo del Dr. Garrido, añadiré unos breves comentarios.

Para mí, en toda la obra de Caso lo más sobresaliente fue y seguirá siendo su filosofía de la existencia que, además de economía es también ante todo y sobre todo desinterés y caridad. Pero hay que recordar asimismo el gran acierto de que todo su pensamiento estuvo condicionado por sus ideas centrales de antropología filosófica. Sus meditaciones sobre temas sociales no representaron un apéndice a su obra, o un complemento relativamente independiente de ella, sino que fueron una necesaria proyección de su filosofía general.

Nada de extraño tiene que resulte así. Si bien cabe definir la filosofía como meditación que tiene



EL MAESTRO ANTONIO CASO.
RETRATO DE JOSÉ CLEMENTE OROZCO

por objeto el universo, como totalidad, y mediante la cual se busca, para el pensamiento, un punto de partida primario y radical —es decir, absolutamente dado y sin previos supuestos—, y que sea a la vez instancia o criterio universal para la justificación de todas las demás verdades y para su organización en un todo, también es cierto que en el centro de toda filosofía figura en papel de protagonista la preocupación sobre el hombre. Es decir, el problema de la filosofía no es el del universo como totalidad, pura y simplemente, sino que es el problema del universo en relación con el hombre: qué sea el hombre dentro del universo y frente a todos los demás ingredientes de éste, y qué represente el universo para el hombre. Unas veces, esa preocupación central sobre el lugar del hombre en el universo y sobre el sentido de éste para el hombre se presenta explícitamente en el primer plano de la meditación, cual sucede, por ejemplo, en Sócrates, San Agustín, Kant —no olvidemos respecto de éste la afirmación capital del primado de la razón práctica—, Scheler y tantos otros. Pero, si bien no de modo tan expre-

so y patente a primera vista, la misma preocupación late vigorosamente en la obra de todos los filósofos que en el mundo han sido.

Ahora bien, el problema del hombre trae implícitamente consigo, de modo esencial, el problema de la sociedad, el problema de las relaciones del hombre con sus prójimos—relaciones ontológicas, relaciones fenoménicas, relaciones desde el punto de vista moral y desde el punto de vista jurídico.

Por eso ocurre un doble hecho: el de la mutua implicación de los problemas filosóficos llamados tradicionalmente generales—el metafísico y el gnoseológico—con las cuestiones relativas al hombre y a la sociedad. Digo mutua implicación o recíproco condicionamiento, por las siguientes razones. Lo que se piensa en metafísica, o en su caso en gnoseología, se proyecta necesariamente en unas determinadas consecuencias sobre los temas de filosofía del hombre, de filosofía de la sociedad, de filosofía moral, y de filosofía jurídica y política. Y, por otro lado, la metafísica y la gnoseología están condicionadas por la concepción que se tenga del hombre.

Esto ha sido así en todas las grandes filosofías, aunque muchas veces de modo nada más que implícito, meramente tácito, no advertible tal vez *prima facie*, pero desentrañable sin gran dificultad. Ahora bien, esto, es decir, el hecho de que el problema del ser y el problema del conocimiento quedan condicionados por la representación que tengamos del hombre, cobra relieve mucho más visible en la dirección filosófica del humanismo trascendental, por cuyos aledaños muy próximos, si no es que por vías estrictamente paralelas, discurrió el pensamiento de Antonio Caso. Por eso, creo que la Antropología filosófica no constituye una nueva disciplina filosófica —relativamente nueva— que deba ser colocada al lado de otras disciplinas filosóficas, sino que es la entraña misma de la filosofía. Es el ensayo de explicar la meditación sobre el problema clave del pensamiento filosófico: el problema del hombre en relación con el universo, o el del universo en relación con el hombre.

De la íntima conexión entre lo que se piensa en metafísica y los temas sobre el hombre y la sociedad,

se sigue que éstos necesiten para su esclarecimiento, anclarse en la pura meditación filosófica.

La filosofía social jurídica y política de Antonio Caso está influida por su idea de la persona humana. Sólo partiendo de ésta se puede alcanzar la noción adecuada de la existencia. Las diversas categorías son abstractas, en tanto que no se integran en la categoría suma de la persona. Y los valores son valores de ser, relaciones reales que se establecen entre las personas humanas y la "Divina Persona". Este personalismo —dice Caso— tiene ante sí un azaroso y amplio campo que recorrer; pues cabría decir que no hay que *llegar* a la persona, sino más bien *partir* de ella, en la elaboración de la metafísica.

La antropología filosófica, la metafísica, la estética y el pensamiento social y jurídico de Antonio Caso conservan todavía lozana importancia. 'Por eso es aconsejable bucear una y otra vez en sus páginas. En cambio, su tratado de sociología tiene más bien una significación episódica: en su época —que desde el punto de vista sociológico se le antoja a uno remota— cumplió una función de largo alcance, la de

superar la situación de batiburrillo confuso e irresponsable, dominante en este campo hasta el segundo decenio del presente siglo y la de abrir nuevos horizontes e inquietudes. Pero, a la altura de los formidables desarrollos recientes de la sociología, aquel libro ya no es adecuado ni suficiente para los estudiantes, aunque siga conservando algunos motivos de inspiración para los especialistas.

Hora es ya de clausurar este prólogo. Al hacerlo debo insistir en que honor merece la persona glosada en el presente volumen y honor también su gran discípulo y certero glosador, Luis Garrido, de cuyas páginas sacará el lector gran beneficio espiritual.

UNA VIDA PROFUNDA

Entre las cimas intelectuales del México moderno, se destaca la del maestro don Antonio Caso. Tal vez uno de los hombres de mayor envergadura cultural que hemos tenido, y cuyos restos debieran estar en la Rotonda de los Hombres Ilustres, pues nadie como él dio lustre a la patria con su elocuencia superior, con su pensamiento espiritual y con la fuerza y distinción de su pluma.

Tuve la fortuna de haber sido discípulo y amigo de tan esclarecido orientador de la juventud, y me propongo en estas páginas proyectar mis recuerdos sobre el hombre y la obra, cuya influencia en mi generación dejó indudable huella. Es necesario para los que no lo conocieron, despertar su interés por el mensaje que nos legó, y que en muchos aspectos

no ha perdido actualidad. Algo se ha dicho sobre su esfuerzo filosófico y su labor como educador, pero sin haber descendido a las raíces profundas de su ser, sin penetrar a su fondo noble y generoso, pues con frecuencia se le quiere juzgar antes de comprenderlo.

Conservo en la retina su imagen, cuando lo vi por primera vez en el salón que estaba al fondo del último piso, en la vieja Escuela de Jurisprudencia. Daba su clase de sociología. ¡Con qué ardor se expresaba para demostrar la falsedad del organicismo! Sus ojos vivos, inteligentes, brillaban como relámpagos. Las manos se crispaban al comentar aquella teoría materialista, y a ratos se hundían en la abundante cabellera endrina para despejar la frente cargada de ideas. La quijada prognata, subrayaba la convicción que expresaba el rostro de boca grande y fina, por la que fluía la palabra fácil y elevada. Todo su ser daba la impresión de vida profunda, dotado de una gran facultad para que los demás lo acompañaran por el campo inefable del pensamiento,

haciéndolos trepidar con el choque de las ideas que exponía.

Este prócer de la inteligencia nació en la ciudad de México el 13 de diciembre de 1883, habiendo realizado sus estudios en la propia Capital. Fue alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, donde dio muestras de interesarse por la filosofía. Posteriormente pasó a la Escuela de Leyes. En ella se distinguió gracias a su dedicación al estudio, a la claridad de su juicio y a su excelente cultura. Durante su vida estudiantil comenzó a sobresalir como orador en ceremonias académicas y patrióticas. Siendo alumno del sexto año, pronunció un discurso en la inauguración del nuevo edificio de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el 15 de marzo de 1908. El director del establecimiento, don Pablo Macedo, manifestó en aquella ceremonia que profesores y empleados del orden administrativo, compartían los sentimientos cuya expresión se había encomendado al joven D. Antonio Caso López, el que no tardó en atraer la atención del maestro don Justo Sierra, a la sazón Secretario de Instrucción Pública, ha-

biendo nacido entre ambos una recíproca admiración y respeto. En esos años me decía el doctor Isidro Fabela, que frecuentaba su casa, y pudo constatar que sentía una verdadera inclinación por la música. Pasaba largas horas ejercitándose en el piano. Su padre, ingeniero de ferrocarriles, que había construido entre otros el de Hidalgo, no miraba con buenos ojos esa inclinación artística, pero el joven Caso obtuvo con todo honor el título de licenciado en derecho, aunque dando ya muestras de una vocación filosófica bien definida. Se consagró a la docencia. Triunfó en las oposiciones a la clase de Historia y al fundarse la Escuela de Altos Estudios, ingresó a ella en 1913, como maestro de Estética de la que llegaría a ser pronto director. La Escuela Nacional de Jurisprudencia lo nombró catedrático de sociología. Desde entonces, hasta su muerte, acaecida el 6 de marzo de 1946, ofrendó su vida a la enseñanza y a la lucubración filosófica, con un breve intervalo en que desempeñó una comisión diplomática en Sudamérica. Fue designado Rector de la Universidad Nacional el año de 1924.

En sus años mozos perteneció a la Sociedad de Conferencias y a un selecto grupo de intelectuales, que fundó el Ateneo de la Juventud, y que inicia la etapa de nuestra cultura contemporánea. En él figuraron Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, Enrique González Martínez, José Escofet, Roberto Argüelles Bringas, Julio Torri, Alfonso Cravioto y otros, que dieron muestras de inconformidad respecto al positivismo heredado de Barrera, abriendo su espíritu a las nuevas corrientes filosóficas y enarbolando la bandera del humanismo. En dicha institución, Caso leyó su conferencia sobre las ideas morales de don Eugenio María de Hostos, el gran pensador antillano, en la cual apuntan las cualidades que cimentarían su extraordinaria categoría de maestro: la diáfana y bella exposición del tema, que despertaba inmediatamente el interés de sus discípulos, gracias también a que en forma cálida y a veces dramática, presentaba las vicisitudes y objeciones de las doctrinas filosóficas.

En la plática acerca de la ética de Hostos, comenta la base lógica de ella o sea el concepto de la

euritmia universal, edificada sobre la noción de ley natural, puesto que ve "la espontaneidad necesaria del deber como adecuación de la naturaleza moral del hombre a la naturaleza armónica y lógica del universo". Y, entonces, Caso hace profesión de aquel convencimiento que lo acompañaría toda su existencia: "No, el universo no es el monstruoso ser geométrico que se desarrolla en la paz de su esencia inefable desplegando infinitamente sus modos y sus atributos infinitos. No, la vida no puede reducirse a las proporciones lógicas del análisis que, en el momento de acercarse a ella la destruyen con su aparente exactitud, cuando creen reducirla, y la niegan cuando piensan comprenderla. No, el alma humana es *más* que razón; es lo que la historia de la especie exhibe en las formas simbólicas del heroísmo y del amor".

En el propio Ateneo dejó constancia de su admiración y cariño por don Justo Sierra, al comentar su personalidad como amante, escéptico e historiador. Lo primero a virtud de que el maestro, según Caso, "fue un platónico porque fue un amante",

lo segundo debido a que puso en crisis el positivismo, con su memorable discurso acerca de Barreda, cuando asentó que no podrá salvarse la duda de que hay una especie de temblor de tierra bajo las grandes teorías científicas, por lo que la bandera de la ciencia no es una enseña de paz. Y en cuanto al amor de Sierra por el pasado, lo califica Caso como de más interés por la historia, que por el descubrimiento científico, en virtud de que "encierra más drama, porque apasiona más, porque intensifica más la vida; es decir, porque aun cuando el mundo entero, vivo e inerte, es lucha, pugna, conflicto eterno; drama, la tragedia que vivimos los hombres es la más dramática de todas".

Con estas disquisiciones la trayectoria de Caso estaba señalada: abrazaría el magisterio, y como su mentor Sierra, con profundidad y plenitud abordaría los temas cardinales del pensamiento filosófico, de la educación y de la historia. Desde entonces comenzaría a trabajar su legado espiritual, que ha germinado en esa pléyade de maestros e investigadores, que van aumentando el prestigio de México

como uno de los centros más interesantes de la América Latina en materia filosófica. Y así, Caso ha sido el guía más alto de las nuevas generaciones, pues supo alumbrar las almas no sólo con la hermosura de su palabra, sino con su maravillosa sabiduría que llenaba a sus alumnos de emoción, de arro-bamiento interior, de irresistible pasión por las aventuras del pensamiento.

LA REVOLUCION INTELECTUAL

Con el doctor Gabino Barreda se instauró el positivismo en nuestros centros de segunda enseñanza, el cual perduró como doctrina hasta 1910, pues al año siguiente don Justo Sierra, en su carácter de Ministro de Instrucción Pública, estableció la Universidad Nacional de México y fue entonces cuando un grupo de jóvenes maestros, a cuyo frente se hallaba don Antonio Caso, se consagró a batir el positivismo, que a su juicio "formó una generación de hombres ávidos de bienestar material, celosos de su prosperidad económica, que durante treinta años colaboraron en la obra política de Porfirio Díaz acaudillados y dirigidos por el Ministro de Hacienda José Ives Limantour, y que además hicieron una obra que veía con indiferencia el ideal, ya que fun-

daban la educación "sólo en la ciencia (educación unilateral que desdeñó sin justificación posible, la cultura artística, moral, cívica, religiosa y humana), falsa también, pero no generosa, que jamás logrará reunir los sufragios de las generaciones venideras".

Pero hay que reconocer, como lo dijo el maestro Sierra en su famoso panegírico de 1908, sobre el patrono de la Escuela Preparatoria, que las ideas vividas por éste eran las de uno de los más excelsos pensadores del siglo pasado: Augusto Comte, las cuales contribuyeron a fomentar la ciencia moderna en nuestras escuelas. Sin embargo, la evolución filosófica había descubierto otros horizontes, y Caso encarnaba, como dice Vasconcelos, la investigación libre, "el paso del positivismo al criticismo francés de Boutroux y la contingencia de las leyes naturales; y posteriormente al bergsonismo y a las escuelas modernas".

Pero este movimiento intelectual aparecía también con los albores de la Revolución. La crisis social, política y económica que convulsionaba la República y relajaba su panorama espiritual, debido a

los sangrientos episodios de la lucha fratricida y a la explosión de las pasiones materiales, tenía su contrapeso en las ideas superiores que Caso difundía. La Revolución y la primera guerra europea nos aislaron de Europa, pero nos trajeron el beneficio de llevarnos a contemplar mejor la realidad nacional, amándola y enaltecéndola. Es la época en que Manuel Gómez Morín publica su obra *1915* glorificando este fenómeno, y el poeta González Martínez da a la estampa *La muerte del cisne*, que frente a los dorados espejismos del modernismo preconiza la introspección espiritual, el silencio del buho que nos habla de inquietud y profundidad.

Caso da a conocer entonces, su primer libro *Problemas filosóficos*, en el que pone de manifiesto su dominio de las doctrinas imperantes, y su amor por las vicisitudes del pensamiento a través de las edades, particularmente en Francia y Alemania, y así nos habla de Diderot, de Comte, de Renán y de Taine, y de los individualistas germánicos, pero no en el tono frío de un Aristarco, sino con verdadero entusiasmo y con la seguridad del que ya ha trazado

un derrotero propio, desde el cual puede juzgar a los demás, e inconforme en que la ciencia sea la única fuente de conocimiento.

Y ante las reminiscencias del liberalismo, Caso erige el pensamiento francés, como la más alta y simbólica representación "de la risa filosófica sana y fuerte, del espíritu de análisis que corrige el individualismo exagerado por virtud de la ironía corrosiva y sutil". Pero en tratándose del positivismo, refuta el que todo conocimiento nace de la experiencia, ya que hace uso de ésta en forma arbitraria que "se traduce en actitudes incompletamente escépticas hacia la Religión y la Metafísica", por lo que se pregunta: ¿Cuál es el motivo que induce a los positivistas a desdeñar determinados datos de la conciencia, tan inmediatos y tan verdaderos como los demás, máxime que la ciencia tiene limitaciones?

No hay hechos científicos absolutos, afirmaba con Le Roy. "La fe religiosa y la esperanza de la Humanidad no pueden fundarse en la experiencia científica, porque dicha experiencia está impregnada de hipótesis. Cuando el astrónomo, v. g., hace su

observación, la crea en cierto modo por virtud del empleo de sus complicados instrumentos de óptica. Observa, sí, los astros; pero los mira y piensa al través de toda la ciencia hipotética que se materializa en anteojos y telescopios". Los golpes de Caso y de su grupo contra el positivismo abrieron pronto grandes grietas en la doctrina, que acabó por ser proscrita de la educación nacional, salvo en lo relativo a la clasificación de las ciencias, que Caso consideraba una idea perdurable de Comte, y que servía de base para el plan de los estudios preparatorios, ya que se comenzaba la enseñanza por la ciencia más abstracta y general como son las matemáticas, para llegar a la materia más concreta y heterogénea como es la sociología, pasando por una orden decreciente de conocimientos desde el punto de vista de su generalidad, pero de mayores dificultades por la suma de factores que intervenían en sus fenómenos.

Pero no bastaba expulsar de las escuelas y del pensamiento político la filosofía positivista, era necesario construir sobre las ruinas otro edificio. A ello se dedicó Caso, plenamente, con el brillo de su

inteligencia y la gran elocuencia de su palabra, restaurando la metafísica a fin de que se pudieran resolver ciertos problemas a los que la ciencia no daba solución, pero naturalmente, como señaló el doctor Samuel Ramos: "Se trataba de un nuevo tipo de metafísica que no se opone a la ciencia y a la experiencia, sino que al contrario las aprovecha y las completa".

Desde su primer libro *Caso* afirma su filiación: un pensador que abarcó casi todas las cuestiones metafísicas, expresándose siempre en galana forma literaria; un moralista que glosó la obra de los grandes maestros franceses de la ética, y un estudioso de su país, a pesar de las reiteradas excursiones que hacía por las doctrinas europeas. Y así en *Problemas filosóficos* se ocupa del Bovarismo de la ley, o sea la deformación que padecemos los mexicanos de concebirnos distintos de cómo somos, lo cual se refleja en la Constitución Política de México, que sólo rige "soberanamente en el papel venerable en que está escrita, por no adaptarse las prescripciones de ella al ambiente histórico y moral", a causa de que no

hay la firme voluntad de cumplir los preceptos de la misma.”

Estimó “que nuestros mayores nos declararon prematuramente republicanos y demócratas”, pues lo deseable hubiera sido “un tránsito menos brusco, una historia nacional menos democrática, de lenta evolución, de gestión pausada, acompasada, uniformemente acelerada, como dicen los matemáticos”. Caso fue uno de los mexicanos más conscientes de la realidad histórica de su patria. Encarnó con su grupo la revolución ideológica, comenzando una nueva época que nos enseñó a interesarnos por todo lo nuestro, tanto en arte, como en política y filosofía. La gran convulsión social que transformó a la patria, tuvo la suerte de que maestro tan insigne como él, forjara el espíritu de las nuevas generaciones en los máximos ideales del hombre, entre los cuales el primero es “amar, como Ulises, las veredas del terruño, y el humo que acaricia los techos del caserío de Ithaca”.

EL FILOSOFO DE LA INTUICION

La crítica del positivismo que se había adueñado de la educación superior, la llevó a cabo don Antonio Caso con tesón e inteligencia, pues no sólo se concretó a exhibirlo en sus defectos, sino que ofreció en su lugar una metafísica fundada en la experiencia, que no sólo se asiente en la inteligencia, sino que también reclama la síntesis del sentimiento y de la voluntad.

Así, frente al positivismo, Caso enseña la doctrina de que "la filosofía tiene por objeto la concepción sintética del mundo como totalidad, fundada en la intuición del principio de la existencia", el cual se satisface en la religión, la metafísica y la ciencia. "Necesitamos —dice— de una fe para dar pábulo a nuestra religiosidad; de una ciencia, para

guiar por la industria nuestro influjo sobre el mundo; de una metafísica, para justificar nuestro saber, para investigar las condiciones de nuestro conocimiento, para legitimar y precisar nuestro ideal”.

Caso fue partidario de la intuición filosófica desde sus primeros libros, habiendo robustecido su repulsa del intelectualismo en el curso de su vida. Sostuvo con vigor que el hombre dispone para el conocimiento no sólo del camino de la razón sino el que brinda la intuición. Esto lo llevó a cultivar el trato epistolar con el gran metafísico Henri Bergson, y a traducir su célebre libro: *La evolución creadora*, ya que este maestro sostuvo que el hombre como centro creador y con ayuda de la memoria, puede captar en una sola intuición la movilidad que está en el fondo de las cosas; formulando, además, la crítica de las ciencias, con el derrumbe del mito positivista y haciendo hincapié en que el pensamiento conceptual es incapaz de aprisionar la vida y el espíritu, pues sólo la intuición puede entender la existencia, siendo una penetración artístico-mística en lo absoluto, “distinguiéndola de la contemplación artística en

que ésta permanece atendida a lo individual, mientras la intuición (como el intelecto) aspira a comprender lo general”.

Ya Boutroux, de quien Caso tradujo *El concepto de la ley natural*, había utilizado el método científico para sostener que el encadenamiento de los fenómenos por leyes rigurosas, no recoge del ser sino lo que es estable y permanente pero no su fuente creadora. El filósofo mexicano continúa esta tendencia espiritualista llamando a la conciencia interior, pues “al lado de la razón —nos afirma— está la intuición. Juntas forman la obra de la inteligencia. Junto al silogismo y su rigor dialéctico inherente, está la intuición”, la cual es visión. “Intuir —agrega— es conocer viendo”. Y siguiendo a Bergson asegura que la intuición filosófica puede ser tan precisa como los conocimientos científicos más precisos, “ya que todo depende del rigor con que se acepten sus enseñanzas”.

Por lo tanto, la filosofía de Caso no es más que un retorno consciente y reflexivo a los datos de la intuición. “El razonamiento —asegura— hace con-

currir en su desarrollo, intuiciones de objetos universales e intuiciones de objetos individuales. Sin ellas, la razón es ciega. Carecerá de materia propia; porque para poder conocer racionalmente algo, precisa, primero, captarlo, aprenderlo; en suma, intuirlo. Razón e intuición se complementan. Son las olas del espíritu humano, que lo llevan a adquirir la verdad”.

En los trabajos del maestro hay señales inequívocas de la influencia de Bergson, sobre todo en su actitud de liberación intelectual, compartiendo la crítica de éste a la inteligencia, la cual considera en tres aspectos: intuir, razonar e intuir de nuevo. “Ver, analizar, volver a ver lo analizado, partir del dato experimental y retornar a él con el contingente abstracto de las ciencias”. Todo su pensamiento se encuentra matizado con la intuición, pues la estima como el medio para llegar al objeto del conocimiento. Si se rechaza la intuición —asegura— “el contacto de la mente y su objeto se torna imposible. El sujeto del conocimiento tiene que recurrir, entonces, a la posición agnóstica, o a la extraña y peregrina hi-

pótesis de pensar que, al pensar, crea el propio objeto de su pensamiento”.

Organo del conocimiento es, pues, para Caso la intuición, pensamiento saludable en un ambiente que como el nuestro, se había saturado del culto exclusivo por la ciencia, pero con ello el maestro no quiso rebajar la ciencia, ya que como él decía citando una frase de Hamlet a su amigo Horacio: “Hay algo más de lo que piensa tu filosofía”, o sea que los positivistas adoptaron una postura restringida, y que más allá de sus disquisiciones, se puede elaborar un pensamiento filosófico.

El intuicionismo del maestro no se concretaba sólo a rechazar con Bergson la pretensión de la ciencia natural a ser el único método científico, ya que en su anhelo de comprender la vida, buscaba en las ideas del profesor de Gotinga y Friburgo: Husserl, lo relativo a la confrontación de las intuiciones. Según este filósofo: Hay que pasar de lo singular, dado en la “intuición”, a la contemplación de la esencia universal. Esta contemplación de la esencia se puede realizar en toda percepción, y Caso explicó el

fecundo esfuerzo para relacionar los conceptos abstractos con las intuiciones vivas, estableciendo el contacto entre el pensamiento y la vida. Su interés por la obra de Husserl, lo llevó a escribir dos libros acerca de sus trabajos para ligar la intuición con el concepto.

El afán de Caso por penetrar en el conocimiento de la existencia y precisar el valor de ésta, se basaba en su pensamiento de gran humanista: "La filosofía como teoría de la dicha, de la felicidad, de la beatitud. Saber es poco, aunque sea algo. Poder es mucho, aunque no sea todo. Ganar la paz de dentro y de fuera, *intus et foris*, como dice la *Imitación de Cristo*, esto es todo". No eran por lo tanto las tareas especulativas su finalidad, sino el saber cómo se debe vivir, y más aún el vivir con altura espiritual. Así su actitud filosófica tiene una orientación moral y educadora, siendo su reacción contra el positivismo la que conformará su pensamiento, para que el hombre cumpla un mejor destino sobre la tierra:

CASO Y LA EXISTENCIA

En el cuarto lustro del presente siglo los hermanos Loeña y Chávez tenían una librería y editorial ubicada en la calle de la República Argentina, que fue un distinguido centro intelectual de la época. En el despacho de la empresa ornado con dibujos de Saturnino Herrán, se reunían los hombres de letras y maestros universitarios más prestigiados, a comentar las publicaciones de la casa, que consistían, principalmente en la Colección Cultura que difundió lo mejor de la literatura universal y la Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos, entre los que figuraba Antonio Caso, con uno de sus libros más famosos *La Existencia como Economía, como Desinterés y como Caridad*.

Cuando se publicó dicha obra, yo dirigía con

Franco Carreño la página universitaria del periódico de Sánchez Azcona *México Nuevo*, por lo que recibí un ejemplar para la sección bibliográfica de la misma. Las ideas de Caso me conmovieron profundamente e hice una glosa entusiasta sobre su bello trabajo. El maestro se apresuró a dar las gracias por el comentario, diciendo "que le dejaba singularmente satisfecho", agregando con gran gentileza que nos vaticinaba un halagüeño porvenir.

Este pequeño episodio y la circunstancia de haber sido su discípulo en la clase de sociología, y más tarde en los cursos de ética, estética e historia de las doctrinas filosóficas que impartía en la Escuela de Altos Estudios, cimentaron una relación afectuosa entre nosotros. En aquellos días, Caso se encontraba en la plenitud de su intelecto, y particularmente ansiaba precisar su concepto acerca de la existencia y al efecto situaba al hombre frente a tres direcciones: la economía, el desinterés y la caridad. Su especulación contemplaba un fondo religioso, según lo admitió en sus conferencias de la Universi-

dad Popular donde por primera vez desarrolló la doctrina.

Partiendo de la realidad del existir, desde su aspecto fisiológico hasta sus manifestaciones superiores, consideraba que la vida tiene la modalidad universal de la lucha, pero con el fin únicamente de acaparamiento. "Nutrirse —expresaba por otra parte— es asimilar y disimilar sustancia exterior, o lo que es igual, transformar el ambiente material en propiedad". Por eso "cambiar constantemente la materia conservando prácticamente la forma, es vivir".

Esta lucha por subsistir tiene como raíz el egoísmo. De aquí se infiere, que el fenómeno primordial de la existencia no se puede reducir a generalidades físico-químicas. "Un ser vivo —decía— es como *razón social* de elementos que presuponen otros elementos, y son, a su vez, razones sociales, episodios fugaces del egoísmo atávico del protoplasma". Y más adelante, exclamará: "Todo organismo es un conjunto doloroso, contradictoriamente egoísta y perecedero".

Caso estudió la reproducción y la herencia a la luz de la biología para perfilar la tesis de que "amar es nutrirse; tener hambre; formar moléculas idénticas a las de la reacción vital". La vida en consecuencia es lucha, representa en su economía un "triunfo sobre el medio, sobre el enemigo o sobre el semejante que, por la similitud de sus necesidades y organización es el enemigo por antonomasia; pero la lucha esencial es la nutrición y no la brega con el semejante".

Por virtud del egoísmo que cuenta con un excedente de fuerzas para engendrar nuevos seres afines, se constituyen las especies y sucumben. Y así Caso llegó a concluir que la lucha, la adaptación y la herencia sostienen el inmenso engranaje de los seres vivientes. *El maximum de provecho con el minimum de esfuerzo*, tal es la economía universal o el universo como economía. Pero la ciencia también es economía, agregaba, al reducir la complejidad de los hechos concretos, de su múltiple variedad, a unos cuantos conceptos abstractos y generales, reconociendo que es el aspecto más inteligente de la vida en



El maestro Caso en 1916.

que se revela el egoísmo, pues “el ideal de las ciencias es reducirse a la *Ciencia*; a una disciplina única; y el ideal de la ciencia única es reducirse a una verdad. Ideal económico si los hay”.

Pero Caso se percataba, que en el hombre la energía del egoísmo tiene un excedente que se puede aplicar a otras metas diversas de la vida animal, como las obras de arte y las acciones caritativas. Respecto a las primeras estimaba que tienen como base el *desinterés*, declarando que Schopenhauer enseñó con fuerza y verdad la naturaleza de la obra de arte y el sentimiento de lo sublime al señalar “su característica inconfundible, su desinterés, su visión de liberación intuitiva de los fines egoístas de la existencia”.

El maestro afirmaba por lo tanto que “El arte rompe la ley cósmica, implica su primera contingencia en lo humano. Es otra ley del ser”, ya que “co-tejado con el imperativo biológico del menor esfuerzo, parece un despilfarro chocante, una antitética violenta y arcana”. “El arte —sostenía— no es una actividad económica. Mientras más se renuncia

al tener para consagrarse al contemplar, se logra mejor espíritu artístico; al punto de que, si se fuere desinteresado por todos los sentidos, se llegaría a ser el artista supremo", pues "el arte es *desinterés innato* que la vida no explica; reclama un esfuerzo enorme y su resultado es inútil. Las obras de arte no sirven a la economía de la existencia".

El ilustre filósofo mexicano señalaba, que el genio consiste en la facultad de mantenerse en la intuición pura. Pero al exponer la *tesis* de la intuición no la limitaba al fenómeno estético, sino que lo llevaba al acto caritativo: "El artista sacrifica la economía de la vida a la objetividad de la intuición que es innata; y el hombre de bien sacrifica el egoísmo al socorrer al semejante, y tal sacrificio es libre".

Para Caso la caridad consistía en salir de uno mismo, en darse a los demás, en brindarse y prodigarse sin miedo de sufrir agotamiento, afirmando con Tolstoi que "el verdadero amor está en la renuncia del bienestar personal". En tal aspecto de su doctrina el maestro alcanzó las más brillantes cimas espiritualistas, y es donde su pensamiento se nos presen-

ta completo, pues no sólo se concretó a explicarnos la existencia, sino a darnos un juicio de valor sobre ella, llegando a afirmar: "Que todas las filosofías de los hombres de ciencia no valen nada ante la acción desinteresada de un hombre de bien".

Para él, en consecuencia, privaba más el dato moral que las teorías y las especulaciones. En la realización del bien, en el dominio del egoísmo, está la plenitud de la existencia, el triunfo del orden sobrenatural sobre el biológico. Y transportado por su elevado pensamiento asentó categórico: "La filosofía es imposible sin la caridad", poniendo así el interés del conocimiento por debajo del que se brinda al semejante en un acto bienhechor. Parece que intuía con claridad que el problema fundamental es la falta de amor entre los hombres, pues el mundo está dividido por la codicia y por el hambre. Y frente a este sombrío panorama aconsejaba como medio salvador la proyección del hombre fuera de sí mismo, en un plano de caridad cristiana.

EL PADRE NUESTRO

Don Antonio Caso sustentaba sus clases en la Escuela de Altos Estudios, a la caída de la tarde. Su aula estaba en el piso alto, a un costado de la biblioteca. Era ésta un espacioso salón con numerosas ringlas de libros, atendido por Parrita, un poeta zacatecano, ya entrado en años, bajito, de hablar quedo y mirada dulce a través de gruesos espejuelos. Daba la impresión de que vivía abstraído en su mundo interior, de finas resonancias líricas. El ambiente de aquel lugar era quieto y recogido. Fuertes mesas de encino americano, ornadas de cubiertas de lana verde y lámparas eléctricas con pantallas del mismo color, invitaban a los visitantes a la lectura y meditación de las obras.

Entre los alumnos de Caso en aquella época, se

encontraba su propio hermano Alfonso, que al correr de los años llegaría a ser un eminente arqueólogo; Vicente Lombardo Toledano, Mariano Zeceña, Palma Guillén, M. A. Cevallos y maestras normalistas deseosas de integrar su cultura. Aguardábamos la llegada del filósofo en el corredor, desde donde se divisaba la hermosa cúpula del antiguo templo de Santa Teresa.

Recuerdo imborrable conservo de su clase: un aula penumbrosa, de elevados muros y techo de artesón. Sólo recibía luz por las puertas, al fondo, sobre un estrado, estaba una mesa y la silla o cátedra. El foco de luz caía sobre la cabeza del maestro. El resto del recinto quedaba en una sombra difusa. Las manos de Caso se movían ágilmente, corroborando sus explicaciones. Su rostro se iluminaba, acrecentando la convicción que lo embargaba al explicar el pensamiento griego, la filosofía de la Edad Media, la revolución cartesiana, el iluminismo filosófico o los modernos pensadores alemanes, ingleses o franceses, particularmente Boutroux y Bergson. Pero de ninguna clase conservo tan profunda

impresión, como aquella destinada al cristianismo, en la cual disertó sobre la oración del Padre Nuestro. ¡Con qué sencillez y honda emotividad habló! Su elocución mímica había perdido la energía de cuando comentaba la grandeza de Kant y el mundo como voluntad y representación de Schopenhauer. Su palabra tenía inflexiones dulces, y con ademán irresistible analizaba cada cláusula de la prosa bella y profunda, hasta aprisionar su recto y elevado sentido.

Comenzó diciendo que el Papa San Gregorio, había introducido en la misa romana la oración del Señor, y que nosotros nos dirigíamos en ella también a su padre, que había llegado a ser el nuestro también, con el mismo amor de su reino y de su voluntad. Que en la expresión: "Padre Nuestro que estás en los cielos", admitíamos que todos somos hijos de Dios y por lo mismo debemos amarnos y protegernos, y que el mundo donde morábamos era un lugar de tránsito, puesto que como decía Bossuet, el centro de las almas no es la tierra, sino el "Reino de los Cielos".

Que las palabras siguientes: "Santificado sea el tu nombre, venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo", significan que no hay nada más absolutamente bueno que Dios y su voluntad, y que si el hombre sufre sobre la tierra, debe tener presente que el dolor es un medio y no un fin. En el cielo no habrá más. Que si en este mundo puede ser un procedimiento para hacer brotar el amor, no le es indispensable. Finalmente expresaba, que en dicha parte de la oración, el creyente manifiesta su fervor hacia el Creador, admitiendo que ningún otro ser puede desviar su voluntad en beneficio del hombre. Sólo los cristianos, decía Caso, pueden vanagloriarse de que su amor es un Dios, y al afirmarlo, recorría con la mirada a su pequeño auditorio para cerciorarse de la fuerza de sus palabras. Y a continuación, agregaba, el anhelo de que se haga la voluntad del Señor. corresponde a que se viva según la doctrina de Cristo, es decir que practiquemos la caridad, pues sin ella no hay verdadera creencia, por lo que el cristiano debe vivir en sus obras. Proyectarse en acción caritativa constante co-

mo su padre que está en los cielos, y que no obstante ser perfecto trabaja todavía, según dijo Jesús. El amor no es nunca reposo. Y al efecto, citaba la sentencia del Crisóstomo: "No son solas las palabras, sino los hechos los que enseñan la caridad". La existencia como caridad—exclamaba—es la plenitud de la vida. Ninguna ley rige a la abnegación. El sacrificio es la victoria.

En cuanto a la frase: "El pan nuestro de cada día, dánosle hoy", afirmaba Caso, es la humilde demanda de lo que nos es necesario: el pan cotidiano. La humildad es el reverso de la medalla cristiana de la caridad. ¿Cómo podría no ser humilde quien sólo tiene conciencia de sí propio en la medida de su colaboración con la obra del bien? El alma funda su paz en su propia humildad, y su humildad es la evidencia de su propia nada. En esta parte de la oración el creyente confiesa lo que le hace falta, y aguarda de la generosidad de Dios se lo suministre. Es un acto de confianza en él y la base de la vida espiritual, de la tranquilidad y de la paz.

Caso afirmaba que conforme al Evangelio no

sólo de pan vive el hombre, y que por eso agrega la oración: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Dios es amor nos decía: "Si Él perdona, nosotros tenemos que profesar el amor al prójimo, verdad primera y única; entusiasmo cristiano de dar; sola virtud; cumplimiento de la ley y los profetas, como dijo Jesús. El que no ama no conoce a Dios. Dios es caridad".

"No nos dejes caer en la tentación, más libranos de mal": Con estas palabras termina el Padre Nuestro. Aquí, señalaba Caso, el creyente no se fía sólo de su voluntad para resistir la tentación, pues la debilidad humana suele sucumbir, y por eso confiesa su flaqueza y pide el auxilio de Dios, lo cual es un buen principio, pues el que se arma de paciencia y humildad, fortalece su resistencia ante sus enemigos. Y al efecto recordaba las palabras de la Imitación de Cristo. "El principio de toda tentación es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios. Muchas veces no sabemos lo que podemos; más la tentación descubre lo que somos".

Y concluía su explicación, afirmando, que en la

pequeña oración del Padre Nuestro se contenían las esencias más puras del cristianismo en su aspecto más espiritual, más profundo y exclusivamente religioso, con sus enseñanzas predilectas: el amor al prójimo, el perdón de los pecados y la vida eterna.

Sólo en un curso le oí dichos comentarios —que he tratado de bosquejar— pues aunque destinaba siempre varias clases a los Evangelios y a la doctrina de los Padres de la Iglesia, no tuve conocimiento de que hubiera repetido este análisis. Fue sin duda un arranque de inspiración lo que le hizo abordar el tema. Caso no era católico, pero sí un filósofo cristiano. Amaba con pasión la doctrina de Jesús, sopeando con calor sus palabras. Un efluvio de sinceridad brotaba de sus disquisiciones. En ellas alcanzaba el maestro una claridad y limpieza de pensamiento, que provocaba una verdadera unción en su auditorio, que salía de su clase bajo la influencia admirable de sus palabras, levantando los ojos hacia los luceros de la noche.

CASO Y LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Don Antonio Caso fue un apasionado estudioso de la historia. Se recreaba en la valoración de las épocas pretéritas, y en delinear la vida y obra de los grandes hombres que modificaron el destino de los pueblos. No es extraño, pues, que siendo un pensador se planteara el problema de la significación y alcance de la historia misma, disciplina que según él, no era ni ciencia, ni arte, ni filosofía, "sino historia; es decir, un conocimiento irreducible, *sui generis*, con tanto derecho a existir autónomo como los demás que fueren, positivamente, individuales e irreducibles".

En su obra *El Concepto de la Historia Universal* publicada en 1923, el maestro subraya que "La historia, a primera vista, no reproduce el tipo general

de las ciencias”, pues mientras que la física, la química, la biología y la sociología, reproducen los rasgos fisionómicos de una misma familia ideológica, la historia se aparta del tipo común, pues evoca, resuscita lo que ya pasó, ocupándose del mundo que pereció y por lo tanto, su objeto de conocimiento no existe actualmente. Por otra parte, mientras las ciencias hacen uso del método inductivo o deductivo para el establecimiento de sus leyes, el conocimiento histórico “no es sino el enunciado sintético de atributos previamente definidos de cierto pueblo, individuo o civilización”, sin posibilidad de variación, pues la esencia del hecho histórico es su inalterabilidad en el pasado.

Para el filósofo mexicano en la historia hay “coordinacional serial, pero no sistema, no jerarquización de nociones como en la ciencia y la filosofía. La historia es un saber, no una ciencia. Es tal vez, una forma de conocimiento irreductible, aun cuando participa de la índole de la ciencia y del arte”. En suma, tal saber, no es más que la descripción de lo individual ya registrado en el tiempo, durante el cur-

so de la vida de los hombres, de los pueblos, de las civilizaciones. . . , y en consecuencia sólo se ocupa de hechos irreversibles.

Según Caso, se trata de un conocimiento especial. Y conforme al pensamiento de Croce, estimaba que la historia no se repite, pues en ella todo persiste a condición de cambiar siempre. Para el maestro fue un error del intelectualismo, asimilar la historia con las ciencias, pues se distingue de ellas en que se ocupa en el estudio de los sucesos que no se pueden reducir a leyes generales, en tanto que los hechos científicos tienen relación entre sí. "La individualidad irreductible—decía— que sólo se puede conocer intuitivamente, es el objeto de la historia".

En cuanto a la interpretación histórica, Caso señala que es problema moderno, pues los antiguos lo ignoraron. "Ellos, que heredaron de otras religiones la creencia en una edad de oro remota, situada en el pasado—nos aseguraba— jamás buscaron un plan o designio ideal de la realidad histórica". Del mismo modo ignoraron el concepto del progreso (pro, hacia adelante, y marcha, camino). El maestro veía

los antecedentes de la filosofía de la Historia, en el profetismo hebreo y en la doctrina cristiana, ya que "Jesús afirma la conservación de los más altos valores humanos en otro plano, en otro universo", enseñándonos a esperar en ese otro mundo bienes distintos de los bienes terrenales.

Caso continuando su investigación en este campo de la filosofía, analiza el problema del progreso en el aspecto físico, intelectual, estético y moral, llegando a la conclusión de que como simples animales somos inferiores a los salvajes; que en el orden científico e industrial son indudables los adelantos; que el progreso filosófico sólo puede afirmarse con mucha parsimonia; que por la naturaleza de la intuición estética no es posible el progreso del arte, pues la obra maestra es igual a la obra maestra como decía Víctor Hugo, y, finalmente, que el avance moral parece no realizarse a medida que se desarrolla la humanidad. Pero bien que existiera una evolución progresiva, el concepto mismo de filosofía de la historia resulta contradictorio. En efecto —asienta Caso— "la filosofía tiene por fin la concepción sinté-

tica del mundo como totalidad, fundada en la intuición, en tanto que la historia se propone la descripción o la intuición de cosas, seres y situaciones contingentes, irreductibles, únicas en su individualidad". Y como el progreso sólo se puede admitir parcialmente, no es posible la especulación filosófica en la historia.

Y después de haber explicado el maestro, su concepto sobre el saber histórico, se propone el estudio de la finalidad del mismo, estimando que "como acción no tiene sentido ni valor, sino sólo a través de la vida personal", pero sin profundizar acerca del nexo entre conocimiento histórico y acción, aunque resaltando la intuición creadora como buen filósofo de la vida.

Sin embargo, aunque el maestro adopta una posición idealista, no posterga los datos del positivismo, como cuando invoca la clasificación de las ciencias de Comte al discutir el problema de si la historia es o no una ciencia, o al analizar las leyes de la naturaleza en la biografía del hombre. Pero en general, se advierte en su pensamiento con relación a la historia,

una influencia estética. Sus exposiciones orales lo corroboraban. Con vívida palabra reconstruía el pasado, pues como él mismo expresaba, la historia es una romántica que "se aplica a saber como se desenlazó la vida sobre la tierra", y el historiador es el poeta, manifestando su inclinación por el papel preponderante de ciertas vidas individuales como Sócrates, Platón o Alejandro en la determinación del destino histórico, pues toda la marcha de los episodios, toda la sucesión de sociedades, Estados, pueblos y religiones, cobra sentido; únicamente, en la integración de individuos humanos superiores.

Caso estudió el concepto de la historia, teniendo en cuenta también la filosofía de los valores y de la cultura en un libro publicado en el año de 1933. Con espíritu señero postuló: "la historia no tiene sentido ni valor y lo único valioso y pleno de sentido es la vida personal". Filósofo de la intuición y de la vida, puso su fe en el hombre, en su carácter creador, en su capacidad de heroísmo religioso, creyendo con Rousseau que el mundo necesita menos sabios y más

apóstoles, y erigiendo como filósofo, lo concreto de la existencia, frente al pensamiento abstracto de lo universal.

PLATICANDO CON EL MAESTRO

Durante mi vida estudiantil vivía en la calle de Soto, muy cerca de la casa que ocupaba don Antonio Caso y su familia, lo cual me brindaba la oportunidad de visitarlo con relativa frecuencia. Solía hacerlo de noche. El filósofo me acogía en su biblioteca, marco apropiado para un hombre como él, entregado íntegramente a la cultura. Hileras de libros cubrían los muros del salón y la pequeña estancia de recibo. No sólo gustaba tener los libros clásicos de su especialidad, sino también de literatura e historia, muchos de ellos en francés, lengua que aprendió desde su juventud.

Le complacía platicar. Era un conversador delicioso por la variedad de temas que podía abordar con cabal penetración y fluida y rica palabra. Se arrella-

naba en su butaca y fumaba frecuentemente, mientras sus ojos chispeantes se clavaban en su interlocutor durante la charla. Como todos los oradores —y Caso lo era en forma excepcional— sus palabras adquirían a veces un tinte tribunicio. Se dejaba arrebatarse por las cuestiones artísticas que amaba con delectación. Sin haber viajado por Europa, conocía profundamente sus bellezas a través de lecturas esmeradas, pero sobre todo por su poder imaginativo. Cuando visité por primera vez el gran Teatro de la Opera de París, todo me pareció familiar, por la maravillosa descripción que del mismo me había hecho el maestro.

Me sorprendía su vasto conocimiento de las letras francesas, y él me explicaba que de las novelas sólo le interesaban los procesos emotivos, el juego de pasiones, y que por lo tanto no leía las páginas meramente descriptivas, sino los diálogos en que los personajes vibraban con sus impulsos y cuitas, y que en esa forma avanzaba mucho en la lectura de dicha clase de libros. Recuerdo que de *Nazarín*, la obra de Galdós, me decía que tenía un fondo incompara-

ble de validez humana, de angustia superada, de piedad perdurable.

El maestro retrataba toda su personalidad interior, en el trato con sus amigos y discípulos. Hombre de un espíritu extraordinario, los juicios que formulaba se imponían por su competencia y adhesión a los más elevados principios. Sin embargo, en ocasiones tenía manifestaciones que desconcertaban. Tal aconteció una vez que hablamos de un amigo mío: don Félix F. Palavicini, al que Caso no estimaba. Tan pronto como mencioné su nombre, se apresuró a golpear el brazo de su sillón exclamando: ¡Cuando se habla de esta clase de hombres hay que tocar madera!

Los principales rasgos del carácter de don Antonio, eran propios del profesor universitario eminente. Aun desempeñando otras funciones no abdicaba de sus dotes de catedrático. Cuando el gobierno lo envió a Sud-América como Embajador Extraordinario—en la época en que todavía para esos cargos representativos se utilizaba a grandes personalidades—hizo un recorrido triunfal sustentando confe-

rencias en los centros de cultura superior. Aun recuerdo durante mi primera estancia en Lima hace nueve años, que me asediaban a preguntas sobre la vida y obra del maestro, pues aún no se había borrado la fuerte impresión que su visita produjo. A su regreso de aquella jira me decía con orgullo: —Garrido, no se puede usted figurar el gusto que me causó, al levantarme en Santiago de Chile, y levantar el visillo de mi cuarto, ver los tranvías que cruzaban la plaza, llevando unas mantas en el frente anunciando: Caso hablará esta noche en el Ateneo.

La relación con el maestro era sumamente beneficiosa. Su palabra fecunda sembraba ideas y despertaba las más fecundas inquietudes. Apasionaba verlo juzgar a los hombres. Lo hacía con gran penetración y sin malevolencia, aunque a veces sus opiniones aparecían bañadas de un suave humorismo. A este respecto, recuerdo que hablando de la candidatura de un personaje para un doctorado honoris causa, llegábamos a la conclusión de que su vida pública y privada tenía más de un lunar, por lo que el

maestro comentó: —No habiendo “honor”, no hay “causa” para la distinción que se le quiere conferir.

Al separarse de la Rectoría de la Universidad estuve en su casa. No vino alegremente a mi encuentro como en otras ocasiones. Sobre la solapa negra lucía la cinta roja de la Legión de Honor. Estaba sensiblemente dolido por la forma en que se le había aceptado su renuncia. Era Ministro de Educación su fraternal amigo Vasconcelos, y había surgido un problema en la Escuela Preparatoria, dirigida por Lombardo Toledano, a causa de la expulsión de unos alumnos ordenada directamente por el Ministro. Sobrevino una huelga estudiantil y Vasconcelos cesó en sus cargos a Lombardo y a un grupo de profesores, entre los que se encontraba el hermano del propio Rector, al que no se le había consultado nada del asunto, no obstante haberse registrado los acontecimientos en una escuela universitaria. Caso presentó su dimisión, que le fue admitida inmediatamente. Por eso me dijo: —No me esperaba una cosa así de Pepe. ¡Se me ha despedido como si fuera yo un cargador!

Comprendí que sufría no sólo la humillación de su salida sin consideraciones, sino el comportamiento de Vasconcelos al que admiraba sincera, hondamente, y quería como un hermano. Fue sin duda este incidente uno de los que más huella dejó en su vida posterior, sobre todo en su posición frente a la Universidad, a la que nunca quiso volver como director de ella y aun abandonó, durante algún tiempo, como catedrático. En cierta ocasión que le preguntaba si aceptaría de nuevo el cargo de Rector me dijo: —La Universidad actual me horroriza. Se está convirtiendo en un monstruo burocrático. No soy hombre para existir con preocupaciones administrativas. Odio el papeleo y los trámites oficinescos.

Desde entonces Caso vivió alejado de los puestos públicos, dedicado únicamente a su labor de pensador, que se brindaba en el libro, las clases o el artículo periodístico. La herida que le produjo el comportamiento de Vasconcelos tardó mucho tiempo en cicatrizar. Por su parte el filósofo de *Monismo Estético*, al iniciar años más tarde su campaña presidencial, declaró entre otras cosas, que México te-

nía una deuda con sus grandes hombres a los que con frecuencia postergaba, y refiriéndose en particular a Caso dijo que nuestra patria no se daba cuenta del valor extraordinario que representaba. En conversación privada me aseguró, que si le había aceptado ipso-facto su renuncia, era por el carácter irrevocable con que fue presentada y porque a pesar de haberle rogado que la retirara, el maestro se negó a ello, si no se reintegraba la clase a su hermano Alfonso, cosa que no pudo aceptar, pues se hubiera quebrantado gravemente su autoridad ministerial; pero que nunca pensó en ofender a un amigo tan ilustre como Caso, al que estaba dispuesto a pedir perdón de rodillas si fuere necesario. Esta actitud de Vasconcelos pinta su carácter. Con frecuencia en alas de ideas momentáneas, decía o ejecutaba cosas que herían a sus amigos y admiradores, pero cuando recapacitaba en un ambiente sereno o al impulso de los sentimientos católicos que alimentó con fervor en la última etapa de su vida, reconocía humildemente su error, presentando excusas.

Vasconcelos tenía razón al elogiar la persona-

lidad de Caso. Su espíritu fue realmente maravilloso. Produjo una obra maestra llena de equilibrio filosófico. Amante del arte y la literatura tuvo el culto del genio principalmente en su aspecto moral. Su sentido universalista de la vida lo impone a la posteridad con categoría superior. Si nuestro filósofo hubiera profesado en el extranjero, su nombre estaría consagrado internacionalmente. He oído en Europa a dos de los maestros de filosofía más notables de nuestro tiempo, y puedo asegurar que Caso los sobrepujaba en elocuencia y claridad de pensamiento, por la elegancia incomparable de su buen decir, por su imaginación creadora y la calidad nobilísima de sus ideas.

EL ESTETA

Entre las clases que impartía don Antonio Caso, sin duda eran las de Estética donde se desbordaba su gran temperamento artístico y su amor por la filosofía. Sus alumnos salían encantados de sus bellas exposiciones sobre las obras maestras de pintores, músicos, literatos y escultores, que aprovechaba para bordar su doctrina. Por primera vez se daba en nuestra Universidad una cátedra de esta naturaleza, cuya materia según afirmaba el maestro a diferencia de la moral había alcanzado una evidente precisión y armonía.

Nuestro ilustre filósofo enseñaba "que la idea de la belleza como desinterés, aparece en Kant, se elabora y conjuga con la metafísica voluntarista de Schopenhauer, e inspira las páginas más definitivas

del célebre libro de Bergson rotulado *Le Rire*. Abrazando este pensamiento que desarrolla en su obra *Principios de Estética* (1925), considera que el arte no es actividad económica, sino desinterés innato que la vida no explica, pues el alma impulsada por él se desliga "de su cárcel biológica y refleja el mundo que se ocultaba a su egoísmo". Su entusiasmo por las ideas de Schopenhauer no se recataba, y hacía suya la definición que del arte formulaba el autor de *El mundo como voluntad y representación*, a saber: que es la contemplación de las cosas independientemente del principio de razón.

La doctrina del desinterés estético, como la seguía a través de todas sus manifestaciones, hasta llegar a Croce que había "hecho intrépidamente la apología de la intuición"; planteándose también el problema del arte conforme a la teoría del juego de Schiller y Kant, que más tarde mutilaría Spencer. Según el maestro, "el arte y el juego proceden de la demasía orgánica", de una fuerza sobrante, pero con la característica de que el primero es desinteresado, mientras que el juego delata en sus formas su naturaleza

biológica. "El artista, si lo es verdaderamente, intuye y expresa en su creación, no las cosas en sus relaciones con nuestros deseos, sino en sí mismas. El arte significa el desinterés pleno, la absoluta *finalidad sin fin*, el rompimiento de la ley animal, merced a la transformación del *instinto de juego*, en una facultad nueva: *la intuición estética*".

Para Caso el placer artístico es un descanso en el ajeteo del diario vivir, y de acuerdo con Schopenhauer estima que durante la contemplación estética, el hombre se libera de los deseos de su voluntad y se convierte en sujeto puro de conocimiento, pues el arte es desinterés para sus cultivadores. A ellos no les importa "la vida con el premioso afán que a la mayoría de sus semejantes incita; sino que, devotos del empeño que les guía, viven preocupados con su sueño, fascinados por su especulación o su arte, desahogados del mundo y consagrados al ideal". Enseñaba que el conocimiento del espíritu, que culmina en la expresión de la intuición estética, estaba bañado por una proyección sentimental, asegurando con Lipps que todo goce artístico y estético, en general, es, un



INVESTIGACIONES
SOCIALES

goce de algo que tiene valor ético por sí mismo, pero sosteniendo que el mundo del arte reviste dicho valor pero sin proponérselo, explicando, además, que el objeto artístico se forma por las impresiones externas y la apercepción del sujeto o sea la representación conscia. En el fondo de la vida espiritual, aseguraba, está la unión, al amparo de un sentimiento profundo, del sujeto, y el objeto que determina la creación estética. Y cuando esta liga es completa "y llega hasta animar y personificar el objeto, resulta la creación mítica".

Caso, explicaba así, el fenómeno artístico, como una actividad eminentemente espiritual, diciendo que la intuición por ley de la vida psíquica tiende a exteriorizarse, es decir, se hace poética, creadora, expresiva, no limitándose esta afirmación sólo a los genios sino a todos los que "sean capaces de expresar al intuir. Si sólo un Schubert o un Chopin fueren capaces de afirmar, expresivamente, su intuición personal de la melancolía o el deseo, nadie gustaría como público, de un *lied* o un *preludio* célebres. Nos conmueve y encantan estos trozos musicales porque,



Don Antonio Caso en su Cátedra de la Facultad de Altos Estudios.

al oírlos, llegamos, por un camino inverso, a la intimidad espiritual de Chopin y de Schubert”.

Para Caso el arte no es una invitación de la Naturaleza, pero “tampoco su innecesaria repudiación”. Es un mundo puramente humano, en que colaboran como existentes las fuerzas exteriores; “lo cual explica que el contemplativo puede crear por sugestión de la realidad objetiva que le rodea un mundo ideal, un mundo propio, un mundo fantástico, naciendo así el sentimiento de lo bello”. En cuanto a lo sublime surge “en la contemplación de la brega, de la pugna de las energías cósmicas, psicológicas y morales. El mundo entero es lucha, conflicto, sinergia, así es sublime; pero también es movimiento fácil, ritmo cadencioso, gris amable y seductor, así es bello”.

La estética del maestro se ocupó de la división de las artes y los sentidos estéticos. Para él hay artes puras—las consagradas a la sola expresión de la belleza—y las artes impuras como la poesía didáctica, la oratoria, la historia, la crítica y la caricatura que “llevan implícito un fin intelectual, práctico, que las distingue de la pura expresión de la

intención desinteresada". Estudió con singular penetración la crítica en arte, estimándola en su complejidad estética y lógica, artística y especulativa y de riquísimo contenido humano. Y como buen sociólogo que era, también analizó el arte como fenómeno social, afirmando como dice Wundt, que es un aspecto del alma colectiva relacionado con la evolución del lenguaje, la religión y las costumbres.

Desde el punto de vista sociológico estudió el placer estético. Así mismo sostuvo como producto de sus reflexiones que "el arte es siempre único, siempre irreal, puramente humano, exclusivamente humano; expresión privativa de una conciencia!", fijando la posición de la estética frente a la lógica, la metafísica y la ética.

Las reflexiones de Caso acerca del arte si bien inspiradas en la doctrina Kantiana del desinterés estético y en los trabajos de sus continuadores, presenta, sin embargo, más de una aportación personal ligando ideas para darle un sello de modernidad a su exposición. Se le ha reprochado no obstante, que a veces sus apreciaciones son parciales y que no lle-

gan a integrar un conocimiento completo sobre el proceso espiritual del arte. Pero nadie podrá disputarle la gloria de haber remozado el ambiente en esta materia. Él contribuyó poderosamente a que se discurriera entre nosotros acerca de la naturaleza y el valor de la obra artística. No importa que su estética sea predominantemente subjetiva y romántica, pues nos trajo nobles y fecundas preocupaciones, que nos ayudaron a comprender el arte contemporáneo en sus aciertos y en sus defectos. Entre estos últimos señalaba el "de tomar las formas impersonales, geométricas, que ordenan la acción, como expresión adecuada del misterio de la naturaleza. No se intuye entonces sino que se calcula; y entre el artista y su propia obra, se interpone la ley geométrica".

Samuel Ramos hizo ver que los reproches de Caso a las nuevas formas artísticas, obedecían a que el filósofo abrigaba ideas derivadas del clasicismo y el romanticismo, las cuales entraban en conflicto con el arte de nuestros días. Pero aún no se ha pronunciado la última palabra al respecto. Las convicciones y sentimientos de muchos, están todavía en contra del

mundo tecnificado y geometrizado que expresan hoy buena parte de los artistas, pues la experiencia estética viene de la contemplación de los goces y dolores de la vida auténtica, y no de esa existencia planificada que no representa ninguna verdad trascendental. Por eso el mensaje de Caso tiene tanta significación, ya que a semejanza de los genios que tanto amaba, tenía el don requerido para comprender las grandes obras artísticas: la imaginación potente y creadora, el culto por la belleza sensible, la emoción estética que se desborda lejos de los esquemas geométricos y de la civilización deshumanizada.

CASO Y LA MUSICA

Un hombre como don Antonio Caso que había puesto su vida al servicio de lo bello, lo justo y lo bueno, no podía ser insensible a los encantos de la música. Desde su juventud dio muestras de amor por el mundo melódico, y llegó a tocar el piano bastante bien, pero cuando siguió el camino de la filosofía, hubo de abandonar su estudio. Sin embargo, el hechizo musical lo dominaba frecuentemente. Escribió en 1920 un pequeño libro con el rubro: *Dramma per Música*, con ensayos de crítica sobre Beethoven, Wagner, Verdi y Debussy.

En oportunidad a la ejecución de las nueve sinfonías del músico de Bonn, le oí dos magistrales discursos. Uno en el Anfiteatro Bolívar sobre la *Pastoral*, en donde alcanzó las cimas de la verda-

dera elocuencia, al describir las hermosuras de la naturaleza y las fuerzas turbulentas y misteriosas que movían al compositor. Con desbordante inspiración, exaltó el dominio maravilloso de Beethoven, su capacidad creadora y su éxtasis sostenido frente a la campiña dorada y tranquila, y después frente al paisaje bañado por la lluvia o sacudido por los vivísimos fulgores y truenos de la tempestad.

La otra pieza oratoria la pronunció en el desaparecido *Teatro Principal*, al comenzar el programa sinfónico dirigido por don Julián Carrillo. Habló acerca del genio de Beethoven y su tragedia, afirmando que "En una ocasión el héroe tuvo la intuición clara de su amor a la humanidad, contrastándolo con su propia y personal desventura. Fue al concebir la Sinfonía en Re Menor. Sólo con el aliento humano podía expresar, precisamente algo de lo más esencial del Universo, este dolor moderno tan íntimo y tenaz, lírico y no épico. Quedó el dolor, lo extrínseco, el límite, lo que no es nuestro, encomendado a la orquesta; y la alegría, la mayor perfección del ser, lo intrínseco, a la voz humana. De esta suerte,

merced al recitativo divino, nació la sinfonía dramática”.

Los sentimientos elevados de Beethoven por todo lo humano, hacían exclamar a Caso: “¡Honrémosle como la suprema expresión de la historia cristiana! Representa la majestad del sufrimiento, la hidalguía de la conciencia que se levanta sobre su destino”. Y de esta vida excepcional gustaba destacar un pensamiento del insigne compositor, el concerniente a que “la música es una revelación más alta que la filosofía”, pues consideraba la revelación estética en este caso, como una efusión de la música universal, como el rumor de lo divino, como el hálito perfecto que alienta al espíritu por los caminos victoriosos de la cósmica armonía.

Una plática de Caso sustentada en el *Teatro Fábregas*, en un concierto memorable, nos dio a conocer su juicio sobre Debussy, expresando que “Su obra tiene la incongruencia dinámica de las nubes, el perfume, a veces, de las cosas marchitas; a veces, también, la precisión etérea de la arquitectura de las arañas. Fulgura con luz que alumbra y no calienta;

place con el exótico abandono de la renunciación". Caso había percibido con toda claridad, el mundo subjetivo, de tan finos matices, del músico francés, que "se difunde y agranda como el sueño, la creación y la muerte", y que se "prolonga en el movimiento silencioso de la hierba, el rumor arcano de la brisa, el oleaje que arruga el espejo del lago y la vibración que causa el estremecimiento de una flor".

Su entendimiento musical era admirable. Ya Samuel Ramos ha señalado, justamente, que sin haber oído el *Pélleas et Mélisande*, intuyó de modo cabal su belleza. En efecto, el drama simbólico de Maeterlinck —nos dice Caso— fascinó a Debussy y su partitura representa el retorno a otras formas artísticas, merced a su "concepción purísima de la declamación lírica", logrando los más sutiles movimientos dramáticos, caminando "la poesía y la música, juntas y libres, aliadas y diversas, sin compromisos estériles, ajenos a su índole propia".

"Debussy —afirmaba— no analiza los movimientos del alma, los funde con el tono del paisaje. No reivindica el ego humano frente al conjunto cósmi-

co. Jamás esculpe la individualidad. Déjala disolverse en su ambiente, matízala con los movimientos de las nubes y el rumor de las hojas; tórnala hermana de la existencia inanimada; cómplice, sobre todo, de la luz". En efecto; el compositor no describe sino piensa, sueña con amorosa sensibilidad, creando una música flotante y sutil, que Caso comprende y aclama en sus simbolismos líricos.

Habló también de Wagner, Verdi, Berlioz, Schumann, Liszt y Gounod, los grandes románticos. El genio del primero le imponía. Era para él, un dios postrero, que combinó maravillosamente drama y leyenda, música y religión. Fue el gran polarizador de las energías artísticas del siglo, apartándose de las formas musicales que prevalecían en su época. Vivió de modo activo el ideal dramático, con la mirada puesta en el escenario, rompiendo los convencionalismos de su tiempo; por eso, Caso sostenía que era uno de los grandes creadores de su siglo, no sólo por su preparación musical sino por su saber filosófico y literario, su dominio orquestal y por las figuras heroicas que creaba. Era en suma —para él— un ma-

go que nos dio sentidas armonías y hermosas frases melódicas.

El maestro conceptuaba a Verdi, como el patriarca de la música italiana. Admiraba su evolución ascendente y la personalísima nota que imprimía a sus creaciones, y el que viviera "momentos sucesivos de una vigorosa imaginación que se nutre de su siglo, que vive con su siglo, pero que vive más con su cultura vernácula, con su patria misma". Estimaba, además, que el maestro parmesano tenía como atributo cardinal: "el sentimiento dramático, es decir: el sentimiento de las atracciones y repulsiones profundas que se engendran por el solo efecto de la convivencia humana", y que por lo mismo Verdi había sido uno de los músicos dramáticos más grandes de todos los tiempos.

El filósofo mexicano profesaba también una gran admiración por Berlioz, que tanto influyó en la obra Wagneriana, considerándolo un genio literario y musical también, que había consagrado a Shakespeare y a Goethe su férvida devoción: "¡Cuánta interioridad de vida —decía— qué enérgico dominio

de la armonía musical, cuán sabia entonación de las partes diversas de su fragmentaria creación; y, sobre todo, qué orquesta polifónica y expresiva como ninguna otra, encárgase de decir, románticamente, el drama por antonomasia de la humanidad!"

Del discípulo de Mozart, Gounod, le cautivaban sus bellas cadencias, particularmente el vals que "Fausto y Margarita, Mefistófeles y Martha, logran matizar con sendos trozos alados y finas melodías donde triunfa la eterna sonrisa de Francia". Y nutrido como estaba Caso de la música romántica, Schumann le deleitaba por el sortilegio de las evocaciones, pues "nos habla de la tímidez del primer amor, del arrullo de la infancia, del pasado hecho música y canción". Un *lied* de Schumann, asentaba "es como la juventud que retoña y abre su fresco botón sobre el tallo que se creía exhausto". Su música acaricia como una bendición, y, "si habéis vivido —exclamaba— como yo, del arte musical del pasado reciente, sentiréis la misma incomparable emoción..."

Para Caso la verdadera música no reflexiona o

dogmatiza sobre la vida, simplemente la refleja, pues el compositor "ofrece sus sentidos virginales, 'como cinco vastos y profundos mares' al ritmo cósmico que invade un espíritu humano y lo hace sonoro". Sostenía que este arte melodioso, arte del Amor y la Esperanza, nos podía hacer reír como en la Octava Sinfonía de Beethoven, que suscita el cuento de Hoffman en que, mientras se resuelve cierta amistosa charla de sobremesa, a uno de los comensales le crece la nariz en forma descomunal.

Caso no llegó más allá de Debussy, a pesar de que consideraba la música en proceso evolutivo, "pues la de hoy, reiteraba, no sabe ya de las ingenuidades purísimas que formaron el encanto de nuestros mayores. La diafanidad armoniosa ha desaparecido, para ceder su puesto a la expresión estética contemporánea, eléctricamente cargada de ideas como las nubes tempestuosas de los relámpagos".

Sus comentarios sobre la *Oda a la Música* de Fray Luis de León, pusieron de manifiesto, una vez más, su exquisita sensibilidad, para captar el lenguaje de los sonidos, interpretando todas las sensaciones de

la vida. Él observó en este discurso, que la música y la poesía, como afirmaba Iriarte, tocan en una misma lira, y que la primera nos llega al corazón siendo su dulzura el mejor de todos los hechizos, más allá de lo que la lengua puede expresar, elevando las almas hacia lo bueno y lo bello, pues la música es la voz de lo infinito.

Puede afirmarse, que Caso estimuló la educación musical en México, desde un plano elevado, enseñando a los oyentes para que escucharan con inteligencia, y a los compositores e intérpretes para que valoraran filosóficamente su arte, y a todos para que sintieran la tenue atadura del sonido entre "los vínculos físicos que nos refieren a la materia, como el más sutil y próximo a nuestra esencia espiritual".

EL SOCIOLOGO

Era la cátedra de sociología de don Antonio Caso, uno de los orgullos de la Facultad de Jurisprudencia, pues la profesaba con inusitada aptitud y modernidad de ideas. Puede afirmarse, que así como dicho maestro fue un precursor entre nosotros del conocimiento estético, igual papel representó en lo que concierne a la divulgación de la ciencia fundada por Comte.

Adversario de la teoría organicista, que buscaba analogías entre la sociedad y los cuerpos vivos, para transportar a ésta las leyes biológicas, adoptó como guía de su curso, antes de que escribiera su propia obra, la *Sociología General* del profesor peruano don Mariano Cornejo, que representaba un avance en la concepción integral del fenómeno social, al es-

tudiar todos los factores de cualquier índole que lo afectan, así como los productos que genera su desarrollo o sean la lengua, el derecho y la religión.

Tocóme en suerte ser su alumno en una promoción singularmente aprovechada, en donde se destacaron, entre otros, Carlos Berges, José Magro Soto, Luis B. Varela, Alberto Casamadrid y Franco Carreño. Este último, sustentó un examen tan brillante, que el jurado le obsequió el libro de Cornejo con una dedicatoria entusiasta; habiéndolo designado Caso, más tarde, profesor sustituto de su cátedra. Puede afirmarse que Carreño, y después Daniel Cosío Villegas, fueron hasta esa época los discípulos que el maestro reputaba como los mejores que había tenido en la Escuela de Derecho. Más tarde descollarían Lucio Mendieta y Núñez y Carlos A. Echánove Trujillo entre sus mejores alumnos.

Caso era miembro del Instituto Internacional de Sociología, y seguía con esmerada atención científica, las resoluciones de los Congresos mundiales que organizaba dicho centro. El pensamiento sociológico de Francia lo conocía muy bien desde Comte hasta



El maestro Antonio Caso, leyendo su discurso en una ceremonia académica celebrada durante su viaje por Sud-América.

Durkheim, Tarde y René Worms. De los sociólogos americanos estudiaba en particular a Lester Ward y de los alemanes a Wundt, Von Wiese, Simmel y Toennies. Durante la época en que el maestro se ausentó temporalmente de la Universidad, y tuvo dificultades económicas que lo llevaron a vender su biblioteca, el entonces Secretario de Educación Pública Puig Casauranc lo comisionó para escribir una Sociología, que publicó en 1927 con el rubro de *Sociología, genética y sistemática*, habiendo mejorado el libro en otras ediciones con el nombre solo de Sociología; la última dada a la estampa en 1945 y dedicada a la memoria de Carlos Pereyra, el primer profesor que tuvo dicha materia en nuestra Universidad.

Para Caso, la sociología tiene como objeto "el estudio científico de los hechos sociales" y goza de existencia autónoma, pues las otras disciplinas no pueden explicar, íntegramente, los sucesos de que se ocupa. La sociedad humana para el filósofo mexicano es sobre todo un fenómeno geográfico, pues sus relaciones están sometidas a la acción del ambiente

y el proceso evolutivo del hombre depende en gran parte de la naturaleza, fenómeno al que el animal racional se va sobreponiendo por el avance de la cultura. Estudió también la demografía, el factor biológico de la raza y las dos principales fuerzas sociales que a su juicio eran la imitación y la invención.

Y siguiendo a Cornejo examinó los elementos del alma colectiva: el lenguaje, la religión, el arte y las costumbres. Reseñó también las principales formas sociales a través de la familia y de los diversos aspectos de la solidaridad. Finalmente, afirmó, que todo fenómeno social es por naturaleza, cultural, y que la verdadera doctrina sociológica es la de las formas. Pero fiel a la corriente intuicionista, sostuvo que el fundamento de la sociedad está en el intuir a otros seres personales iguales a nosotros, lo cual constituye la esencia de la conciencia humana. La persona —decía— necesita de la sociedad para realizarse, para cumplir su misión, pues en el seno de ella encontrará “la tradición espiritual de todos los siglos, obra de las generaciones que nos precedieron; pero, en el presente, solidaridad, es decir

unión espiritual de esfuerzos para formar nuestra persona en el contacto con las personas ajenas". Explicó que la solidaridad tiene su forma mejor definida en el Derecho, el cual debe "afianzar su imperio en la realidad y mirar hacia el ideal", pero "no el ideal abstracto, irreal, sino el ideal implícito en las costumbres y las creencias colectivas".

La sociología de Caso aparece matizada de un carácter genuinamente universitario, y como reacción contra la filosofía positivista; tiene presente tanto los factores físicos y biológicos, como los elementos psicológicos, destacando particularmente, estos últimos. Despierto a las nuevas ideas, Caso recogió y analizó todas las tendencias que prevalecían en el campo de las ciencias sociales hasta la última edición de su obra en 1946, atacando de modo especial la tesis que equipara a la sociedad con un ser biológico, pues está existe como organización de hombres. Sus observaciones sociológicas tienen, por otra parte, especial relieve, porque habiendo sido un pensador, concebía los problemas del hombre y de la humanidad brillantemente, ya que como asegura Vierkandt

"toda Sociología fecunda es, en definitiva, Sociología filosófica". En tal virtud, el maestro señalaba la influencia del pensamiento filosófico en la ciencia social, particularmente la creada por las ideas de Dilthey, Meyerson y Max Scheler.

Caso iluminó muchos aspectos del fenómeno social por su inclinación a conciliar diversas explicaciones, armonizando puntos de vista que parecían antagónicos. En el planteamiento de varios problemas hizo aportaciones importantes, evitando el peligro que significan los filósofos sociológicos al querer actuar parcialmente admitiendo ciertos conceptos como el del Estado, el pueblo o la clase, como ya definidos, sin estudiarlos antes desde el punto de vista social. Puso especial énfasis en contemplar las influencias inmediatas entre los hombres, recomendando a sus alumnos investigarlas como un medio de enriquecer a una ciencia tan joven como la Sociología, a cuyo efecto procuraba en su clase señalar que en la Jurisprudencia, la Economía, la Botánica o la Zoología, había elementos sociológicos. Gustaba así mismo, de llamar la atención sobre que lo social

debe buscarse en la vida, observando esta cuidadosamente, y clasificando los datos que se obtuvieran. Era, pues, partidario de una Sociología analítica. Prefería explicar dicha ciencia más que con un criterio histórico-enciclopédico, en forma sistemática, puesto que sus fundamentos son de naturaleza abstracta y no descansan en la sucesión temporal. Su propósito fue averiguar la conducta de los hombres frente a sus semejantes, examinando los productos o instituciones nacidos de ella.

Caso se significó, por lo tanto como un renovador de la Sociología, aun desde el punto de vista genético, señalando que la percepción del mundo exterior comienza antes que la percepción del propio yo, noción importante en el estudio fenomenológico de la vida humana. Pero su mayor gloria está sin duda, en haber señalado al materialismo histórico, el olvido del factor individual en la obra de la sociedad y la cultura, aunque admitiendo la relación fundamental entre las instituciones económicas y la población. Reafirmó, por último, que al lado de las for-

mas de convivencia humana, debían estudiarse también los factores de la evolución social, para llegar a lo profundo del fenómeno que crea la civilización.

EL MEXICO DE ANTONIO CASO

Caso no perteneció a ese grupo de hombres cultos, que postergan el examen de su propio país, para referirse sólo a los valores extranjeros. Aunque formado espiritualmente en las grandes corrientes del pensamiento europeo, no desdeñó, sino por el contrario, buscó, siempre, el dato mexicano. En la cátedra, en la tribuna, en el libro o en el periódico, nunca olvidó los problemas de la patria, produciendo valiosas opiniones, ya que siendo hombre independiente, sin ambiciones políticas y con una vasta ilustración histórica, sólo buscaba revelar la verdad a sus conciudadanos.

Consideraba que la cuestión más importante por resolver, era la heterogeneidad de los pobladores del territorio nacional. Aseguraba que "las condiciones

políticas y sociales de México proceden, directamente de la *raza arqueológica*, que no ha podido aún asimilar los beneficios de la cultura europea. Los indios, en inmensa mayoría sobre los blancos, han venido determinando, con la pujanza de su cifra demográfica, la historia de México". Y que la promiscuidad de lenguas entre los mismos indígenas, es una muestra de que aún no logramos crear una positiva alma nacional. Que por eso, no constituímos, verdaderamente, un Estado moderno.

Señalaba, por otra parte, que la elevada cifra de analfabetos que tenemos impide la homogeneidad de la cultura, y que sin ella no es posible formar un pueblo auténtico. Que es "inútil pensar que se integra orgánicamente, la democracia mexicana, sin el imperio universal del alfabeto. Si el pueblo no existe, será imposible que ejerza el poder".

En cuanto a las profesiones liberales veía que entre nosotros cumplen deficientemente su cometido social. Que producimos, verbi gratia, abogados al por mayor, los que prestan escaso rendimiento de moralidad, ciencia y cultura, y que por eso "las clases

trabajadoras rehusan su acatamiento a los profesores liberales” y que un “pueblo de trabajadores intelectuales deficientes tiene que ser un pueblo de mendigos”.

A su juicio las tres virtudes cardinales de las democracias modernas son: riqueza, justicia y cultura, indicando que en México sobran las ideologías constitucionales, pues “no se difunde la riqueza pública de modo que, en el reparto del bien de todos, haya riqueza y pobreza, pero nunca miserables”.

Que además, muchas prescripciones de la Carta magna no se cumplen, y que por todo ello somos una democracia imperfecta, hecho que ha aprovechado uno que otro revolucionario, para delatarlo ante el pueblo y obtener su apoyo, logrando el poder, pero que una vez instaurado en la primera magistratura, reaparecen los defectos que antes combatía.

El programa político del maestro para engrandecer a México comprendía la “prosperidad económico-social, no industrial, no comercial, no capitalista, no circunscrita: justicia e instrucción pública”, amén de la práctica de las instituciones liberales, ajustando

nuestras leyes a la realidad nacional, y no construirlas guiados por el deslumbramiento de los modelos extraños a nuestra idiosincrasia, es decir, obrando por imitación extralógica. Es así como pasamos del gobierno virreynal de tipo autoritario, a una organización republicana, democrática y federal, para la cual no estábamos preparados, sólo por la influencia que ejerció sobre nuestros Constituyentes la ley suprema de los Estados Unidos. ¿Pero cuál es la causa de este divorcio entre la ley y la práctica? La respuesta, está, según Caso, en el carácter mexicano, en lo que él llamaba el "bovarismo" o sea la facultad de concebirse distinto de cómo se es, como el personaje femenino de la célebre novela de Flaubert. Los mexicanos tenemos una idea diferente de lo que en realidad somos. Por eso el maestro exhortaba a que volviéramos "los ojos al suelo de México, a nuestras costumbres, a nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos en verdad". En consecuencia, el "bovarismo" debemos combatirlo.

No se crea, sin embargo, que Caso fuera pesi-

mista respecto a nuestro futuro político. El consideraba que podemos lograr la democracia, pero que "es demencia querer alcanzar la perfección sin el esfuerzo combinado de las generaciones". Pero de momento, lo importante es adaptar las normas constitucionales a la verdadera realidad de nuestro medio histórico y moral, "y practicar, después de la reforma, la firme voluntad de cumplir los preceptos modificados y formulados". Mientras no resolvamos el problema de la raza —agregaba— "mientras exista una gran diferencia humana de grupo a grupo social y de individuo a individuo, la democracia mexicana será imperfecta; una de las más imperfectas de la historia".

Al maestro le preocupaba que ésta y otras graves cuestiones, México no las fuera resolviendo en un orden serial y planificado, pues en lugar de solucionar las existentes, acumulábamos otras, dejando pendientes las anteriores; situación que a veces desemboca, por desgracia, en la guerra civil. Aún no hemos resuelto —exclamaba— los problemas que nos legó la Colonia, ni el conflicto interno de nuestra

democracia "y ya está sobre el tapete de la discusión histórica el socialismo en su forma más aguda y apremiante!"

Veía que muchos de nuestros males no son nuevos, sino que proceden de la Colonia. Tal sucede con los efectos de la vieja división de conquistadores y conquistados, pues aún perdura, dificultando la unidad racial y un trato uniforme. Aceptaba que la conquista había sido un gran bien para la civilización universal, al trasplantar a las tierras del Anáhuac la Cruz de Cristo, pero que había implicado "asimismo un dolor, un martirio y, sobre todo, un problema difícilísimo de resolver en la historia mexicana: la adaptación de los grupos humanos a muy diversos grados de cultura".

Y en cuanto a las últimas convulsiones que hemos sufrido, Caso consideraba que van convirtiendo en realidad las libertades que antes no se tuvieron, y nos van acercando a través de los años, al fin superior que se persigue, sin obtenerlo nunca por completo, pero no obstante, si el pueblo no exige "a sus gobiernos la práctica de las instituciones democráti-

cas, las prescripciones del derecho serán completamente ilusorias”.

Para el maestro había cuatro fuerzas sociales en México que debían informar la Constitución: “el ejército que posee las armas; los terratenientes y banqueros que tienen el dinero; los proletarios que unidos representan un poder respetable y la Iglesia Católica”. Y dejaba entrever un quinto factor, que ha escrito dolorosas páginas de nuestra historia: los Estados Unidos.

La visión que tenía Caso de la patria era la que correspondía a un filósofo eminente y a un sociólogo desinteresado. Analizó los problemas nacionales desde un ángulo histórico y humano. Con sinceridad, sin caer en un falso optimismo o en un mortal pesimismo—estados pasivos del espíritu—, sino aconsejando situarse frente a las graves cuestiones por resolver, con inteligencia desenvuelta, y teniendo presente que la naturaleza es como la arcilla en manos del alfarero. No es ni mejor ni peor, como decía Lester Ward. Es lo que el hombre la hace, y el hombre racional siempre procura hacerla mejor. La

doctrina verdadera es el mejoramiento constante del hombre. Recomendaba que "para salvarse precisa ante todo saber. El ensueño más puro es no más quimérico, si no afianza en la 'santa realidad', y con ella se integra. Quien quiera volar ha de tener alas y plomo". Este ha de ser el lema de nuestra redención ambicionada. Sólo así llegaremos a un estado mejor. Ideal para superarse, pero lastre para no perder de vista la tierra donde se vive.

Caso fue un hombre de cultura universal, pero con una devoción profunda por México y sus virtudes. Guiado por su convicción científica y con un valor civil responsable, denunció, enérgicamente, al desconocimiento de la realidad social y política, como la causa más importante de nuestros males. Insistió en que el principal problema de México es de carácter humano. Fue uno de los más ilustres propugnadores del movimiento, que instaura la patria como el principal tema del pensamiento y de las creaciones artísticas, señalando que merced al "ánimo firme y constante de algo mejor", llegaremos a la vic-

toria verdadera, si a México lo amamos sobre todas las cosas.

Caso honró a su patria como pocos, por su lealtad espiritual para juzgar sus problemas; por la gloria que supo acumular para ella a través de su noble pensamiento; por la conciencia que supo despertar entre sus discípulos para estudiarla, no como tierra, sino por los hombres que ella nutre, cobijados con las tradiciones, los pensamientos y los sentimientos comunes, que forman el lazo de la nación, comunidad moral e histórica de que nos reconocemos parte.

EL POLEMISTA

El hombre de ideas que profesa una cátedra filológica, y, además, escribe para el público, está expuesto no sólo a disfrutar de aplausos, sino a sufrir críticas. Algunos intelectuales se abstienen de refutar las opiniones opuestas, y otros por el contrario aceptan la controversia, como un medio de evidenciar la superioridad de su tesis. Don Antonio Caso era de estos últimos, "si algún interés más elevado que sus propias meditaciones" —afirmaba— se ponía en duda por sus adversarios. Habitado a las más altas y complejas disquisiciones, sentía placer en descubrir los ardidés de su contradictor y defender con habilidad su pensamiento, atacando a fondo los puntos débiles de su oponente, a pesar de que

manifestaba "no ser su costumbre provocar polémicas".

Claro que sólo se enzarzaba en una discusión, con personas de solvencia cultural y que presentaran puntos de vista estimables. Recuerdo su enojo y desprecio por un folleto, cuyo autor —maestro normalista— lo denunciaba como un simulador en el campo filosófico y educativo. En cambio, prestó la debida atención a un ensayo del profesor Samuel Ramos, antiguo admirador suyo, publicado en la revista *Uli- ses*, en el cual trataba de valorar la obra de su maestro, a la que le reconocía ciertos méritos, pero que tildaba de dogmática en sus enseñanzas sobre el pragmatismo y la intuición, terminando por acusar a Caso de no haber separado claramente la ciencia del positivismo, y de enseñar la historia de la filosofía en forma teatralizada.

En aquella ocasión salí en defensa del maestro, publicando un artículo en la revista *Mástiles* de Morelia, lamentando que se juzgara con tanta severidad y en momentos difíciles para Caso, sus trabajos docentes y de pensador, haciéndolo blanco de críticas

exageradas. El maestro contestó también con un folleto titulado *Ramos y yo*, en que relataba su victoria para derrocar la hegemonía comtista, y transcribía los juicios del extranjero acerca de sus actividades filosóficas, con el fin de refutar lo de que fuera "un actor metido a filósofo", agregando en su apología, todo lo que estimaba constructivo de su labor, amén de haber enseñado el pensamiento posterior a Bergson; terminando, por atacar a Ramos, como personaje inconsecuente consigo mismo, contradictorio y falto de preparación. En esta respuesta, advertimos el plan polémico que Caso prefería: centrar los principales argumentos del adversario, y condenarlos con voces autorizadas o hechos incontrovertibles, atacando a su vez al crítico por la presentación y calidad de sus argumentos.

Desde muy joven, Caso gustó de la controversia. El profesor Juan Hernández Luna ha recordado otras polémicas del maestro: la que tuvo con mi extinto y respetado amigo don Agustín Aragón, a propósito de la creación de la Universidad Nacional; la que siguió con el temible don Francisco Bulnes —del que

me decía Caso era "el hombre más inteligente de México"—, con motivo del origen latino o judío del cristianismo, de diversos aspectos del Renacimiento, del Descubrimiento de América y de la Revolución Francesa. En esta ocasión, Caso para sacarle ventaja a su impugnador, frente al público, recordó que Bulnes era el "agrio y gratuito desestimador de nuestros héroes".

Don Antonio procuraba polemizar defendiendo las tesis que le eran más caras. Así, por ejemplo, atacó a don Manuel Puga y Acal por sus ideas conservadoras en torno al "Segundo Imperio Mexicano", refutando sus razonamientos con una base republicana y liberal, que el maestro compartía plenamente. Esta discusión y otras que le siguieron después, respectivamente, con Lombardo Toledano, Francisco Zamora, Eduardo Pallares, D. Draghicesco, Alfonso Junco y H. Guillermo Rodríguez, se ventilaron en la página editorial de *El Universal*. La controversia más prolija, la tuvo el filósofo en ocasión de un artículo que publicó sobre Renán y Berdiaeff, sosteniendo que ambos admiten la inminencia de otra

Edad Media, provocada por la complicidad de las dos internacionales: católica y bolchevique, las que negando los valores individuales, sometían las inteligencias a dogmas intangibles, tesis con la que no estuvo conforme don Alfonso Junco, En el curso del debate, Caso discutió las cinco pruebas que de la existencia de Dios ofrece Santo Tomás; refugiándose en la fe del heterodoxo, pues, "Creer en Dios no es obra del razonamiento puro, sino acción conjunta del entendimiento y la voluntad. Creemos porque poseemos la idea de Dios". Don Antonio se batió en la polémica, utilizando una de sus armas favoritas: el conocimiento histórico. Frente al pensamiento tómistista, erigió las teorías kantianas y dio la batalla en un alto nivel.

Pero más tarde, en otra polémica sostenida con el profesor H. Guillermo Rodríguez, opondría a las ideas del filósofo de Koenigsberg esgrimidas por su opositor y renovadas por la Escuela de Marburgo, las de Bergson, Husserl y Scheler, analizando el valor de la metafísica y de la intuición. Caso mostró, en este evento, su gran calidad dialéctica y su amplia

cultura filosófica, sosteniendo que el pensamiento de reducir la realidad entera a algo lógico, o sea el panlogismo marburguense, constituía una clara posición metafísica, ya que se ocupaba de la teoría del ser.

Pero donde el maestro sostuvo las más enconadas contiendas, fue en el campo de los marxistas. Enemigo de la comunidad que tiraniza al hombre, partidario acérrimo de la libertad de pensamiento para el hombre y la cultura, y opositor a la creciente exaltación del Estado, Caso refutó el materialismo histórico en la polémica que sostuvo con su antiguo discípulo V. Lombardo Toledano, colocándose en el punto de visto filosófico, y haciendo uso también de argumentos sociológicos.

El maestro reconocía que la doctrina de Marx representa una doctrina social que ha influido considerablemente en la historia de las ideas contemporáneas. Sus ataques al marxismo los presentó con gran acopio de lógica, rechazando la lucha de clases como sistema, pues niega el instinto de superación, sólo por la búsqueda de un hedonismo egoísta. Y

en contra de la abolición de la propiedad privada, mantenía la necesidad de ella, ya que "No hay vida humana que no necesite de cosas para la integración de la persona", pero combatía los excesos de la escuela liberal respecto a la propiedad por absurdos e inmorales.

Partidario del reconocimiento de la personalidad de los seres humanos, combatió al régimen ruso, por su forma totalitaria y por constituir una especie de religión del dogma creado por Marx y Lenin, que despierta "el rencor, aconseja la lucha y la violencia, la acción directa...". Para Caso: "El materialismo histórico constituye la apoteosis de la vida común. Todo lo subordina a ese término medio que es el fuerte: desconfía del espíritu aristocrático, desdeña la inteligencia que constituye la excepción".

El pensamiento del maestro discurrió siempre en las polémicas en forma eminente y con verdadera autoridad. Filósofo auténtico, luchó con denuedo por su posición humanista, subordinando el Estado y la cultura al desarrollo de la personalidad, pero rechazando el individualismo por egoísta y al socia-

lismo por significar, un sistema cerrado y dogmático, que sacrifica la persona en aras de las comunidad. Caso fue, sin duda, un batallador para que el hombre se realizara como ser espiritual, mediante la cultura o como dijo Vasconcelos, fue "el genio creador, la simpatía que engrandece, la imaginación que enriquece el infinito".

EL UNIVERSITARIO

Don Antonio Caso era el Rector por antonomasia, pues reunía las cualidades que debe tener el gobernante de una alta Casa de Estudios: el amor por la enseñanza, la dignidad personal, el conocimiento de las cosas de la vida y la posesión completa de la cultura. Recuerdo que siendo su discípulo, le oí un discurso magnífico en la apertura de los cursos universitarios, que me dejó la impresión de que Caso era el educador cortado a la medida, para dirigir los destinos de nuestro máximo centro de estudios.

La ceremonia se desarrolló en el Anfiteatro Bolívar. Después de que la orquesta sinfónica había ejecutado la vibrante marcha de "Los maestros cantores", el filósofo abordó la tribuna, y paseando su

inteligente y viva mirada sobre el auditorio, comenzó a evocar un acto similar en el que Fichte se había referido a la grandeza espiritual de Alemania, llamándola en medio de su derrota "reina del aire", pues sobre las penurias materiales se podía erguir en el campo infinito del pensamiento. El orador exhibiendo su prestancia, y con fluida y cálida palabra, y aliándose la abundosa cabellera, exhortó a sus oyentes, para trabajar por México, utilizando los bienes del espíritu. Maestros y alumnos electrizados, lo escuchaban pensando, en que un hombre como él, debía ser el conductor de la Universidad.

... Caso dedicó su vida a la docencia y a la filosofía. Fue un gran guía de la juventud y de la educación nacional. Tres normas señalaba a nuestra más alta Casa de Estudios, para que fueran observadas fielmente: 1. La autonomía. 2. La libertad de cátedra, y 3. El subsidio económico; las cuales consideraba irreductibles entre sí, porque supuesta la "autonomía de la institución no puede reducirse a ella la libertad de cátedra, ni viceversa. Y ambos

principios tampoco pueden reducirse a la cuestión económica, ni ésta a ellos”.

Para él la cultura, salvo los principios absolutamente evidentes, no podía ser dogmáticamente definida. “De modo que, al suprimir la autonomía de la cátedra universitaria se defrauda, no sólo a los hombres del presente, sino a las juventudes del porvenir”. Pero nos ponía en guardia contra la prostitución de la libertad, al afirmar que esto acontece “cuando la cátedra deja de ser comunión de devotos que creen en la ciencia, y se convierte en plataforma de propagandas unilaterales y nada científicas”.

Era un acérrimo partidario de la libertad de pensamiento sosteniendo que, “Pensamiento es libertad y en la esencia del pensar está la autonomía”. En tal virtud conceptuaba la academia platónica como el modelo de las cátedras universitarias, ya que una cátedra es un coloquio entre maestros y discípulos, un convenio mutuo y recíproco entre ellos, con el fin de llegar a la verdad, una discusión académica para llegar a saber. “Saber para prever, prever para obrar”, como enseñó el positivismo.

Refutaba el argumento contra la libertad de cátedra "de que constituye un tópico romántico que concuerda con el individualismo recalcitrante del pretérito", pues en su concepto, pensamiento y libertad se unifican; de esta suerte, el investigador, "si piensa, duda, se convence o disuade". La libertad, agregaba, es la respiración del pensador. Por eso alababa a la Constitución Española que reconocía y garantizaba la libertad de cátedra, y se mostraba jubiloso de que tan magnífica regla se hubiera inscrito al frente de la Universidad de México emancipada del Estado; con lo cual sufrió —a su juicio— sería derrota el marxismo, que se quiso imponer en ella como dogma, quedando "bien pisoteado en homenaje a la libertad de pensamiento".

Juzgaba que a la Universidad el joven va a informarse, pues "la ley suprema de la educación es el respeto a la personalidad de quien se educa". Nuestras casas de estudios deben "producir o cultivar el mayor número de individualidades irreductibles, de hombres que tengan el alma propia bien puesta en su almarío". Por lo tanto, concebía a nues-

tra referida institución de cultura, como sitio de información intelectual y moral sistemática, pues "La educación como la vida, como la existencia entera, se enuncia así: ser es ser individual". Por otra parte, entendía a la educación como un factor o elemento social, que tiene por fin el aprovechamiento individual de los caudales de la sociedad. Recomendaba a los jóvenes seleccionar en ellos "lo que debe morir, lo que conviene abandonar a la materia que cae, a la vida animal perecedera, y conservar y acrecentar lo propio".

Condenó el positivismo por su obra funesta, pues impidió durante largos años "que las generaciones jóvenes bañaran su inteligencia en las aguas lustrales de la cultura grecolatina y templaran su ánimo en los perennes ejemplos de la historia clásica".

Caso entendió la autonomía universitaria, en no recibir la ley de otra parte, sino en dársela a sí misma, sin más cortapisa que la forma de ella, declarada por la norma legal, mostrándose siempre celoso de todo lo que la interfiriera, por lo que atacó la intromisión del Estado en la cátedra, pues con tal

proceder se profana el conocimiento, rompiendo la obra de la meditación, y marchitando la ciencia al contacto de "las asambleas numerosas y estultas". El trabajo de la cultura, es siempre de individualismo y de libre albedrío, afirmaba; destinando a la plaza pública y no a la Universidad, "la vocinglería inconexa y los discursos henchidos con la lepra del lugar común":

Se manifestaba orgulloso de la libertad de nuestra Casa de Estudios, pero advertía que no debía encerrarse en el egoísmo de su torre de marfil, pues forma parte de la patria mexicana, agregando: "Su nacionalismo es su norte; su sangre es la de México. 'Sólo vale socialmente, dice Goethe, quien sabe obrar y servir'. Si la Universidad no obra para el bien público, nada valdrá; si no sirve a la comunidad, debe desaparecer. Su fin es aristocrático; seleccionar capacidades superiores del conjunto de las unidades humanas; pero su base es democrática".

Puede decirse que don Antonio Caso representaba, cabalmente, al hombre destinado a la elevada misión del magisterio. Desempeñó sus cargos de

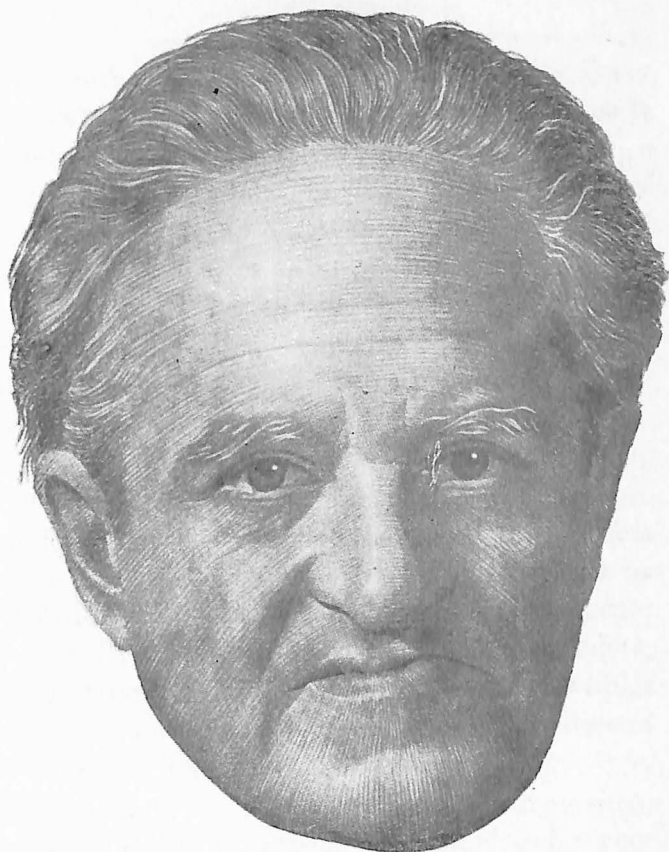
maestro y de Rector en forma ejemplar, pues poseía aparte de todos los atributos necesarios para ejercerlos, un valor moral indudable. Su paso por la Universidad dejó marcadas huellas impercederas, pues él contribuyó a la formación cultural de las generaciones que han tenido a su cuidado la obra constructiva de la Revolución. La mayoría de los hombres públicos que se han destacado en la vida de México fueron sus alumnos, como Manuel Gómez Morín, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Miguel Palacios Macedo, Vicente Lombardo Toledano, R. Brito Foucher, Antonio Carrillo Flores, Miguel Alemán, Narciso Bassols, Jaime Torres Bodet, Salvador Azuela, Eduardo García Máynez y muchos otros.

No era un catedrático que impusiera ideas. Por eso sus discípulos en la vida práctica, tomaron diversos derroteros y adoptaron doctrinas políticas y sociales a veces distintas. Él les daba la información cultural respectiva, y procuraba desarrollar su personalidad para que con su propio juicio se adentraran en el camino de la vida. Su virtud más grande era, sin duda, despertar en las almas de los jóvenes el

heroísmo, considerando que a veces es necesario que tal fuerza los arrastre fuera de su vida ordinaria, a fin de que realicen las mejores hazañas de la historia de México.

No se cansaba de repetir a los estudiantes que: "Los jóvenes poseen la acometividad del esfuerzo, el desbordamiento del entusiasmo, la ignorancia de su dinamismo interior. Jóvenes fueron —decía—, los caudillos revolucionarios de Francia; jóvenes los soldados que salvaron a la República en Jemmapes y Valmy", y que un muchacho heroico, el legendario Pípila, franqueó a las huestes de Hidalgo la puerta de Granaditas, y que Barrera, Márquez y demás Niños Héroe de Chapultepec, dieron con su sacrificio el ejemplo más alto de patriotismo, durante la injusta guerra con los Estados Unidos.

Espíritu ecuménico, sus nobles inquietudes universitarias no se detuvieron en los límites de lo nacional, sino que soñaba con la creación de la Universidad Centroamericana. "Invítese —recomendaba— a cada nación de la América ístmica, Guatemala, Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua



Ultimo retrato del maestro Antonio Caso, hecho a pluma
por Duhart.

y Panamá, a enviar uno o dos representantes distinguidos de su cultura a tratar con los nuestros, de la fundación de una gran casa de estudios a la que llegarían a incorporarse como catedráticos de número. Constitúyase de esta suerte u otra semejante, el cuerpo de profesores de la benemérita empresa. La población escolar se integraría con los jóvenes de estas nacionalidades". Con esta *Alma Mater*, Caso estimaba, se habría dado un paso serio en la realización de la comunidad espiritual Centroamericana.

Si hay un hombre en el México intelectual contemporáneo al que se le deben rendir los más cumplidos homenajes, es a don Antonio Caso. Su obra como maestro no está a discusión. La Patria la ha recibido para honrar sus destinos, y su pensamiento universitario fulge todavía como estrella orientadora, particularmente en la observancia de los principios de autonomía y libertad que deben regir a nuestra más elevada institución de cultura.

La Facultad de Filosofía y Letras que tanto amó, le debe levantar una estatua en su propio solar, pues se la ganó a ley. Su nombre egregio debe ostentarlo

ufana, como uno de los universitarios de más noble
estirpe, que con su propio y genuino esfuerzo tra-
bajó por las más elevadas ideas, para dar a la Repú-
blica un porvenir gallardo y glorioso.

CASO Y LA CULTURA PATRIA

El filósofo gusta de contemplar el panorama de la cultura, porque en su evolución advierte los cambios sustanciales de la parte más noble del pueblo. Don Antonio Caso, por ello, tenía la preocupación de contemplar las realizaciones que habíamos llevado a cabo en el curso de la historia, y lo mismo estudiaba el lenguaje, el arte, la ciencia y el derecho, que la moral, la religión o el gobierno. Sus reflexiones abarcaban desde el origen de la nacionalidad, para tener una idea exacta de nuestras tradiciones, costumbres e instituciones.

Formuló interesantes juicios de valor sobre el adelanto moral, científico y artístico de la Nueva España, y así estudió la sicología de los santos en las obras de San Felipe de Jesús y el bienaventurado

Bartolomé Gutiérrez. Uno y otro, escribió Caso, "recibieron el martirio por su amor y su fe; uno y otro son igualmente extraordinarios y magnánimos, lo propio el franciscano que el agustino; porque tan venerable es el que siempre fue santo, como el que lo llegara a ser, luego de haber saboreado los deleites del siglo"... Encuentra por otra parte, que el máximo prestigio literario de la Metrópoli es don Juan Ruiz de Alarcón, cuyo nombre trasciende las fronteras de la patria porque fue "un héroe auténtico de la poesía", y unido su nombre al de Sor Juana Inés de la Cruz, la Colonia "puede erguirse ante los pueblos de la época, segura de sus destinos intelectuales"; considerando, además, que la hermosa monja jerónima fue "el primer prestigio poético de su siglo en las letras españolas".

A Caso se debe la divulgación de las ideas de don Juan Benito Díaz de Gamarra, el filósofo mexicano discípulo de Descartes, que en su viaje a Europa pudo tratar con hombres muy notables. Su cartesianismo se manifiesta en su lógica crítica, que se ocupa del descubrimiento y de la invención, es decir,

de la lógica órgano de la ciencia moderna. Por eso Caso, afirma, que con el Padre Gamarra, "Penetró el racionalismo cartesiano en los Claustros universitarios del Coloniaje", consagrando la libertad de pensamiento con aquel principio suyo "de seguir a la Verdad, sin jurar por la palabra del maestro".

Al célebre don Francisco Juárez Gamboa, autor de la obra *Comentarios de las Ordenanzas de Minas*, publicada en 1761, el filósofo mexicano lo consideraba como uno de los grandes de la cultura nacional, en vista de que su trabajo adquirió perfiles continentales, al precisar las normas legales de la minería y perfeccionar su técnica jurídica. A Ignacio Ramírez, Gabino Barreda y Justo Sierra, los estimaba como directores de la ideología nacional durante el siglo XIX, ya que su pensamiento inspiró muchos aspectos de la vida mexicana. El primero encarnó "la rebeldía contra la fórmula del Coloniaje; el rencor hacia España y la Iglesia Católica; el amor al indio y al pueblo". A don Gabino Barreda lo contemplaba principalmente en el ángulo del maestro, cuya obra juzga perdurable, en lo que concierne a organizar la

educación secundaria, aunque haya sustituido la escolástica con la doctrina de Comte, pues siempre representa un adelanto el conocimiento y el cultivo de las ciencias sobre el "verbalismo de una instrucción gramatical y formal".

Desde que cursó historia con don Justo Sierra, le profesó una profunda admiración, conceptuándolo la figura más eminente, con un entendimiento que se abría a "los cuatro vientos del espíritu", oponiéndose al absolutismo científico y abriendo "la formidable interrogación del criticismo", merced a lo cual "nos arrancaba nuestra fe positivista".

Pero al mismo tiempo que analizaba las grandes figuras intelectuales, examinaba los problemas de la educación superior para evitar, "en el grado medio de la enseñanza, dos escollos igualmente funestos: el enciclopedismo y la especialización absurda;" recomendando volver los ojos a los amplios horizontes de la cultura humana.

Estas muestras de su gran interés por la enseñanza, Caso las tuvo desde joven. Particularmente le preocupaba la estructura de la Escuela Nacional

Preparatoria, pues juzgaba —con acierto— que los estudios del bachillerato son de los que contribuyen —más decisivamente— en la formación del joven. Al efecto recomendaba que se adoptara un plan de estudios, que estuviera a la altura del “momento histórico que alcanzamos”. No se trata de inventar una nueva organización pedagógica —decía— sino referir a las condiciones peculiares de México la obra secular de la civilización europea.

Pero su amor por las humanidades no le llevaba a postergar la ciencia, ya que “la ciencia es directora inconcusa de la civilización contemporánea, su inspiradora directa y contante”. Por ello apoyó la creación de la Facultad de Ciencias, aduciendo que “si no se cultiva la alta especulación científica en la Universidad, seguiremos siendo los súbditos de los pueblos y las Universidades que sí saben cultivarla en su seno”. Sin embargo, era la Facultad de Filosofía y Letras, la que prefería su corazón. Llegó a ser varias veces Director del Establecimiento, en el cual se desarrollaron los estudios históricos; recomendando Caso que los estudiantes de la cultura clásica es-

tuvieran en posesión del griego y del latín, y que los maestros se reclutaran por oposición.

Amante de su patria como pocos, procuraba hacer la Geografía intelectual de México, tanto de la provincia como de la Capital, citando los distintos valores de la cultura que han aparecido, especialmente hombres de letras o músicos. En cuanto al territorio, dejó emocionantes páginas sobre Yucatán, Puebla, Guanajuato, Jalisco y Veracruz, evocando su pasado, su arte y el mágico color de sus paisajes. Caso pensaba que a más del suelo, la tradición y la historia del país constituyen la patria, pues como afirmaba Faguet: "La patria es la historia de la patria".

Para Caso, la verdadera historia de México estaba en el desarrollo de un pensamiento orgánico. Consideraba que lo más fuerte que posee el mundo humano, es la individualidad, a cuyo efecto gustaba de repetir la frase de Saint Simon, de que si a Francia se le privaba de sus diez mejores hombres en cada una de las ramas de la ciencia y el arte, no quedaría nada o muy poco de su verdadera esencia.

Por tal motivo, refería nuestra evolución al hombre, como portador y creador de la cultura.

Fue un maestro de una excepcional riqueza espiritual, de carácter independiente, que buscaba valorar la cultura por medio de su relación con el pensamiento y las civilizaciones del pasado, debido a que creía en la continuidad de los grandes capítulos de la vida superior. Veía una relación entre las fuerzas espirituales y materiales, pero anotando que la fisonomía de una cultura la dan sobre todo las influencias síquicas. Contemplaba el sentido histórico como una forma de simpatía universal, señalando que sólo se pueden interpretar los trances sucesivos de la vida de la especie, "en la armonía de las ideas y la intuición, dentro de la íntima coherencia del espíritu". De aquí que se acercara a la cultura patria, no sólo para entenderla, sino para amarla, intelectualmente, con sapiencia y emoción, con lógica vital y sentimiento auténtico.

EL FILOSOFO DE LAS CIENCIAS

El creciente progreso de las ciencias influye sin duda en la interpretación filosófica de la naturaleza. Las ondas electromagnéticas y el átomo, por ejemplo, van modificando nuestro juicio sobre muchos fenómenos, y por otra parte, la teoría genial de Einstein, trastornó nuestra concepción clásica de la mecánica, revelando que la física padecía de una aguda restricción.

Actualmente, el que pretende responder o discutir acerca de las cuestiones básicas de la filosofía, tiene que poseer la necesaria información científica, pues no podría especular sobre multitud de problemas, en donde intervinieran datos de física o de matemáticas. Don Antonio Caso, por eso, procuró precisar su posición y la de los sistemas contemporá-

neos, respecto de la ciencia. Al efecto, cobijado por el pensamiento de Husserl, se refugió en lo fenomenológico, es decir, en el examen normal de la naturaleza, buscando poner los conceptos abstractos en relación con las intuiciones vivas o como dice Messer "el pensamiento con la vida", cosa tan necesaria para conocer el mundo, sin perjuicio de que el hombre ascienda, también, a los planos superiores del arte.

Caso no recomendó una mera contemplación de la naturaleza, sino un cabal conocimiento de ella, obtenido desde la ciencia misma, pero no un conocimiento estático, sino un saber que se oriente al acto, pues: "sólo así se justifica como parte fundamental de la elaboración de la cultura humana, que tiende a la consecución de la felicidad".

El maestro mexicano, expresaba, que para la unificación total del conocimiento se requería no sólo el dato de las ciencias, sino asimismo el del arte, ya que éste muestra la naturaleza individual y característica. Por lo tanto, él mismo cultivaba no sólo su amplia cultura estética, sino la de carácter técnico.

En sus libros hallamos frecuentes citas de orden científico, para corroborar la exposición de sus puntos de vista, ya que el hombre vive estados de economía, aparte de los momentos desinteresados que elevan su existencia.

Refiriéndose a las matemáticas —afirmaba— que son un instrumento de trabajo. A este respecto, el maestro Caso tuvo predilección por algunas ideas de Henry Poincaré, el célebre filósofo e innovador de las ecuaciones diferenciales, particularmente de su crítica respecto a que de las ciencias no suele separarse lo que corresponde a la verdad experimental, de lo que es definición o simple teoría, y adoptando su tesis sobre que: “La matemática no tiene verificación experimental; pero es un instrumento de conocimiento intelectual necesario de la realidad”. El lenguaje matemático nos permite, según don Antonio Caso, descubrir la armonía del Universo. Al efecto asienta: “Necesitamos explicar en qué estriba la armonía de las cosas, entendidas merced al instrumento matemático. ¿A qué llamamos armonía del mundo? La palabra mundo, en latín, significa

armonía; lo mismo que la palabra griega 'cosmos'. Ambas enuncian la propia idea: mundo o realidad armoniosa. Pues bien: esta armonía no puede descubrirla el físico, si no es por virtud de las matemáticas, y en razón de la 'comodidad' de las expresiones matemáticas, relativas al espacio y al tiempo. ¿En qué consiste la armonía que se desarrolla matemáticamente, con respecto al mundo físico? Consiste en la ley científica. Esta sencilla ley física, la ley de Boyle-Mariotte: 'A la misma temperatura los volúmenes de los gases son inversamente proporcionales a las presiones que sufren', es una armonía cósmica; pero si no se formula en el lenguaje matemático, no puede enunciarse como ley".

Caso consideraba que la ley en las ciencias es uno de los últimos frutos de la cultura, pero señala que la ciencia tiene sus limitaciones. El intuicionismo de Bergson o el pragmatismo de James, muestran que la inteligencia o no alcanza la realidad verdadera o la desfigura. Sirva de ejemplo la revolución que han sufrido las teorías físicas en los últimos años. El filósofo mexicano se refiere al caso de la

constante del profesor berlinés Max Plank, que imaginó a la materia como integrada por vibraciones, teniendo cada una su propia frecuencia de vibración particular y emitiendo radiación de esa frecuencia, pero Planck hizo observar que la energía emitida podía ser no continua, sino expelida en serie, por chorros instantáneos y nunca en fracciones de unidad, como sucede en la radiación de carácter atómico. Dicha teoría, en consecuencia, llegaba a conclusiones distintas de las señaladas por la mecánica newtoniana. Planck nombró a sus unidades de radiación con el nombre de *quanta*, y señaló que la cantidad de energía de cualquier unidad dependía del vibrador, cuya unidad vino a ser igual a la frecuencia de las vibraciones multiplicadas por una constante, *h*, que se conoce generalmente como la constante de Plank, "y la cual se ha comprobado que es una de las constantes fundamentales del número". Sobre el particular, Caso hace observar comentando a Meyerson—el distinguido filósofo del conocimiento—, que la realidad está tramada de fibras que se descubren y no pueden reducirse. Estos son los irra-

cionales "tal como la cualidad sensible, irreductible al movimiento; el choque y la acción a distancia, igualmente incomprensibles, y la finalidad, que parecía regular todo lo que en la ciencia aparece como irracional". Y que demuestra en nuestro sentir, dice Caso, mejor que largas consideraciones metafísicas, la falsedad de todo idealismo. "Porque si lo real fuese racional, si el logos se identificara con el ser, ¿cómo explicar la existencia de lo inexplicable? Si lo real es racional, si lo racional es real, ¿por qué existe la constante de Planck?"

Caso era ante todo un humanista, pero no desdeñaba la ciencia. Al contrario la respetaba sin abdicar de la elaboración espiritual, y manifestando, además, que no siempre las leyes físicas tienen una significación permanente, pues, *verbi gratia*, las que se creyeron necesarias en el siglo pasado —exclamaba—, "tienen hoy un valor estadístico". El principio de Carnot que señala las transformaciones de una energía en otra, expresando que no puede hacerse en un sentido arbitrario o el principio de indeterminación, le servían para demostrar que la materia y la radia-

ción por ser atómicas, nos impedían tener los instrumentos apropiados, pues formando parte del propio universo que se quiere investigar, tenían atomi- cidad también. Y al efecto mencionaba los trabajos de Heisenberg, que demostraron la bronca textura de la Naturaleza, la cual "hace imposible, en principio, fijar la posición, ni la velocidad de un electrón con precisión perfecta".

En cuanto a la teoría de la relatividad, Caso afirmó que se apoya en los principios eternos de la razón humana, pero limitada a los fenómenos periódicos, quedando fuera de ella "los acaeceres físicos que son irreversibles, y a los que hay que encarar, no con la teoría de Einstein sino con el principio de Carnot y de Clausius". En tal virtud, la relatividad no puede explicarnos todo el Universo.

El maestro mexicano, a diferencia de muchos que filosofan sobre las ciencias desde afuera, lo hizo desde ellas mismas, para percatarse bien de sus limitaciones y para aprovechamiento del propio filósofo, en cuanto a las enseñanzas que proporciona la evolución de las disciplinas científicas, las que a su jui-

cio no pueden desvincularse de la filosofía. Pero Caso no se refugió en la explicación adusta y fría del técnico, él fijó, como asienta el doctor García Baca, que "La existencia humana es, además de economía, además y sobre ello, *desinterés* y *caridad*, juntando así el imperativo cultural científico con el imperativo de la belleza".

REFLEXIONES FINALES

Si resumimos la vida y obra de don Antonio Caso, nos encontramos con un verdadero maestro que vivió en medio de sus libros, respirando también el ambiente universitario, leyendo, escribiendo y enseñando la filosofía con claridad y elevación, y actuando sobre la historia de México a través de las generaciones que se formaron en su cátedra.

El mundo intelectual de su época está lleno de su pensamiento y de la filosofía que él enseñó, contemplando las nuevas adquisiciones del saber humano. A la sensible distancia de su muerte, advertimos que surge al campo educativo con la liquidación del porfirismo y el advenimiento de la Revolución. Su triunfo sobre el positivismo lo convirtió por algunos años en el orientador de la educación. Su papel fue

providencial frente a los desmanes y apetitos materiales que todo movimiento armado desata.

Caso enseñaba la caridad y el desinterés como formas superiores de la vida. Las miserias, el odio y la sangre que presentaba el conglomerado social de aquellos días, tuvo en la palabra del maestro un bálsamo de suavidad, de sencillez, de dulzura. Ir entonces a su clase, era asomarnos a otras formas de vida más tranquilas y nobles, haciéndonos olvidar las tormentas y las congojas revolucionarias. Fue el precursor entre nosotros de la enseñanza estética, y uno de los primeros que cultivó la sociología en forma sistemática. Proclamando la superioridad del espíritu, derramó un efecto bienhechor, sobreponiéndonos a la vida dura y áspera de los tiempos de Carranza y Obregón.

La patria tuvo en Caso un gran pensador y un hombre de gran corazón. Sus discípulos pronuncian su nombre con respeto, porque supo no sólo enseñarles la filosofía, sino despertar en ellos el interés de profundizar en el sendero de la verdad y de fomentar su aspiración a lo supremo y digno, gracias

a su poderosa inteligencia y a sus conocimientos extraordinarios. Ponía en sus lecciones tanta alma y amor que conmovía a sus discípulos. Se burlaba de la pedagogía, porque para él la enseñanza era obra de los filósofos, de consagración, de sublimidad, como en Sócrates.

En su clase, don Antonio Caso siempre procuraba abrir la corriente del pensamiento, fluida y serena, para ir saturando el ánimo de sus oyentes con las doctrinas clásicas. Cautivaba también por lo agudo de sus observaciones, al hablar de la historia de las ideas, y por el calor que ponía en sus exposiciones de arte o de moral. Independientemente de que su filosofía haya sido la mejor o la más moderna, fue sin duda de innegable valor humano. Es mentira, como dijeron sus enemigos, que tenía sólo la vistosidad de la llamarada. Bastaría su frase que sintetiza su hondo sentir, de "que vale más la acción de un hombre de bien que todas las filosofías", para comprender que no era sólo un catedrático eminente, sino que representaba ante todo un hombre íntegro, y que los que tuvieron la fortuna de escucharlo o

ser sus amigos, jamás podrán olvidarlo. Impresionaba por la voz cálida, el gesto expresivo y la autoridad científica, y además por la elevación con que exponía todas las cosas. A veces descendía a un suave humorismo, pero siempre en un plan humano y dulce, y sin perder el aliento de hacer sentir a los demás las trascendentes notas de la vida.

Muchos maestros de ahora miran únicamente la obra escrita de Caso para juzgarlo, y la encuentran a las luces del momento actual con menos reciedumbre, olvidándose de que nunca llegó a sentirse satisfecho. Su empeño en saber fue constante, así como el afán de descubrir el secreto de las cosas. Hasta en el momento mismo de morir expresó este deseo inextinguible de descifrar el enigma, al pronunciar sus palabras finales, antes de iniciar el viaje postero: "¡Por fin voy a saber!"

Su vida fue una consagración a la enseñanza y a la filosofía, porque vio en ellas un valor superior. Sus años de maestro fueron una experiencia progresiva. Con clara intuición fue reparando en las grandes cuestiones del arte, la moral y el conocimiento,

y aunque la especulación moderna representa un empuje en ocasiones contra el cristianismo, al sostener que "la razón ha ido demoliendo ese transmundo celestial que el cristianismo había erigido en la frontera de ultratumba", el pensamiento de Caso adoptó frente a la existencia una actitud cristiana. Y ante la desorientación de nuestro tiempo, el maestro mexicano dio una lección de honradez intelectual, contemplando el devenir diario en todos sus aspectos, para fijar un derrotero en medio del torrente.

Poco a poco sus ideas se fueron extendiendo, sin modificar su contorno, a todos los ámbitos de la existencia. No fue un hombre que sólo filosofara. Claro y sencillo, actuó en la cátedra, en el estadio civil y en el medio familiar. Hasta el último instante persiguió la verdad. Destinado por su fina sensibilidad al amor, dedicó algunos de sus libros a Linda de Orión, para dejar testimonio de un tierno afecto que llenó sus años otoñales, y cuya efusión fue pura luz para su espíritu, la belleza del cielo reconcentrada en ese sentimiento, y su fuente de inspiración para las cosas gentiles. Amor que vivió en una at-

mósfera de discreción y al cual pueden aplicársele las palabras del Abate Dupuy de que era como el fuego, pues cuanto más tapado, mejor se conservó.

Caso no escribió concretamente sobre el amor como lo hizo Ortega y Gasset, pero sin duda fue para él venero inextinguible de reflexiones. Lo percibió como un sentimiento de bondad sublime, de propia liberación, de maravillosas visiones. En más de una crisis salvó la situación por la fuerza del amor, el que Caso estimaba como la más grata fiesta de la tierra. Para él era también un refugio en el afán solitario de saber y de no errar. En la inmensa soledad que le imponían a veces sus propias cavilaciones filosóficas, el amor era regalo para su oído, una claridad del cielo para su voluntad, una centella de admiración para su espíritu.

El amor animó la vida interior del maestro, y le ayudó a sobrellevar las penalidades de la existencia. En su época de madurez, sus ideas fueron blanco de duras impugnaciones, y con posterioridad a su muerte no han faltado quienes traten de establecer comparaciones entre su obra y la de José Vasconcelos, a

fin de proclamar la superioridad de éste en calidad y originalidad de pensamiento. Ciertamente el autor del *Ulises criollo* escribió muchas páginas perfectas, dignas de la más depurada antología, y en ocasiones sus ideas aportaron a la filosofía contemporánea matices vivaces y gritos de alerta en la búsqueda eterna; pero algunas de sus doctrinas —examinadas en conjunto—, encierran contradicciones notorias. En cambio, don Antonio Caso, sin tener la excesiva proyección de su amigo y discípulo, tuvo la aptitud específica de los grandes filósofos: fue coherente en sus libros. Se alzó frente a la doctrina de Comte con la bandera del intuicionismo, la que nunca postergó a pesar de las rectificaciones de la lucubración alemana, que conoció y expuso, pues el maestro era un espíritu unitario.

En la historia de la cultura mexicana la aparición de Caso señala una de sus etapas más brillantes, aquella en que sus lecciones formaron una generación que sabría filosofar sobre los grandes problemas nacionales, ya que con su existencia dio un ejemplo vivo de trabajo serio y profundo. Él impulsó, vivi-

ficó los trabajos filosóficos entre nosotros, enseñando cómo integrar la persona humana. Si en la gloria de un pueblo es pieza principal su sistema ideológico, la obra de Antonio Caso, por su dignidad y nobleza, es merecedora de la gratitud nacional.

DISTINCIONES OTORGADAS AL DR.

ANTONIO CAÑO

I.—DOCTOR "HONORIS CAUSA":

1. Por la Universidad Nacional, México.
2. Por las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas de la Universidad Mayor de San Marcos, Lima, Perú.
3. Por la Universidad de San Carlos, Guatemala.
4. Por la Universidad de Río de Janeiro, Brasil.

II.—"PROFESOR EMERITO":

1. De la Universidad Nacional, México.

III.—"DIRECTOR HONORARIO":

1. De la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, México.

IV.—MIEMBRO FUNDADOR:

1. Del Colegio Nacional.

V.—MIEMBRO HONORARIO:

1. De la Sociedad Geográfica de Lima, Perú.
2. Del Ateneo de Santiago, Chile.
3. De la Junta de Historia y Numismática, Buenos Aires, Argentina.
4. De la Sociedad de Geografía y Estadística, México, Méx.

VI.—MIEMBRO CORRESPONDIENTE:

1. De la Academia de Artes y Letras de La Habana, Cuba.
2. De la Sociedad Geográfica de Colombia.
3. De la Academia de Cádiz, España.

VII.—SOCIO DE:

1. L'Institut International de Sociologie.
2. Académico de la Lengua, Correspondiente de la Real Española.

VIII.—CONDECORACIONES:

1. Gran Cruz del Sol del Perú.
2. Cruz "Al Mérito" de Primera Clase de la República de Chile.
3. Chevalier de la Legion d'honneur.
4. Officer d'Accadémie.
5. Medalla "Goethe", für kunst und Wissenschaft.
6. Medalla del Centenario del Perú.
7. Medalla "Hostos", de Cuba.
8. Medalla del Ayuntamiento de Lima, Perú.

OBRAS DEL DOCTOR
ANTONIO CASO

1914. *La Filosofía de la Intuición*, Edición "Nosotros".
1915. *Problemas Filosóficos*, Ediciones Porrúa.
1915. *Filósofos y Doctrinas Morales*, Ediciones Porrúa.
1916. *La Existencia como Economía y como Caridad*, Porrúa Hnos. Tip. Cunill y Escobar, S. en C.
1917. *La Filosofía Francesa Contemporánea*, Bouret.
1917. *El Concepto de Ley Natural en la Ciencia y la Filosofía Contemporáneas*, Trad. Porrúa Hnos. Imp. de J. Ballescá.
1919. *La Existencia como Economía, como Desinterés y como Caridad*, Ed. México Moderno. Cvltvra. 1934. Sría. de Educación Pública.
1920. *Dramma per Musica*, Cvltvra T. XII No. 5.
1921. *La Oda a la Música de Fray Luis de León*, Cvltvra.
1922. *Ensayos Críticos y Polémicos*, Cvltvra T. XII. No. 6.
1922. *Discursos a la Nación Mexicana*, Porrúa. Imp. Manuel León Sánchez.
1922. *El Problema Filosófico de la Educación*, Buenos Aires. 1922.
1922. *La Embajada Mexicana en el Centenario del Perú*, Talleres Gráficos.

1923. *La Embajada Mexicana en Chile*, Secretaría de Educación Pública.
1923. *El Concepto de la Historia Universal*, Ed. México Moderno. Cvltvra.
1924. *El Problema de México y la Ideología Nacional*, Bib. Universo. Tomo I. No. 4. Cvltvra.
1924. *Doctrinas e Ideas*, Andrés Botas e Hijo, Sucesor.
1925. *Discursos Heterogéneos*, Herrero Hnos.
1925. *Principios de Estética*, Sría. de Educación Pública.
1926. *Historia y Antología del Pensamiento Filosófico*, S. de Ed. y Lib. Franco Americana, S. A. (Antigua Casa Bouret y Libro Francés).
1927. *Ramos y yo*, Cvltvra.
1927. *Sociología, Genética y Sistemática*.
1931. *Crisopeya*, Cvltvra.
1933. *El Concepto de la Historia Universal y la Filosofía de los Valores*, Ediciones Botas. Imp. M. León Sánchez, S. C. I.
1934. *El Acto Ideatorio*
1934. *La Filosofía de Husserl*, Imprenta Mundial.
1934. *Nuevos Discursos a la Nación Mexicana*, Robredo.
1935. *El Políptico de los días del Mar*, Ed. Ercilla. Santiago, Chile.
1936. *La Filosofía de la Cultura y el Materialismo Histórico*, Ed. "Alba".
1937. *Meyerson y la Física Moderna*, La Casa de España en México. Imp. Industrial Gráfica, S. A.
1940. *Don Juan Benito Díaz de Gamarra (un Filósofo Mexicano Discípulo de Descartes)*, Revista de Literatura Mexicana.
1941. *Positivismo, Neopositivismo y Fenomenología*, Cen-

- tro de Estudios Filosóficos de la Fac. de Filosofía y Letras. Talleres Tipográficos Modelo, S. A.
1941. *La Persona Humana y el Estado Totalitario*, Universidad Nacional.
1942. *El Peligro del Hombre*, Stylo.
1943. *México*, Imprenta Universitaria.
1943. *Filósofos y Moralistas Franceses*, Stylo.
1944. *Principios de Estética. Drama per Musica*. Porrúa Talleres Stylo.
1945. *Ensayos Polémicos sobre la Escuela Filosófica de Marburgo* (Polémica con el Sr. Lic. Guillermo Héctor Rodríguez).
1945. *Sociología*, Stylo. 4a. Ed.
1946. *El Acto Ideatorio y la Filosofía de Husserl*, Stylo.

I N D I C E

	<i>Pág.</i>
Prólogo	13
Una vida profunda	23
La revolución intelectual	31
El filósofo de la intuición	39
Caso y la existencia	45
El Padre Nuestro	53
Caso y la filosofía de la historia	61
Platicando con el maestro	69
El esteta	77
Caso y la música	85
El sociólogo	95

	<i>Pág.</i>
El México de Antonio Caso	103
El polemista	113
El universitario	121
Caso y la cultura patria	131
El filósofo de las ciencias	139
Reflexiones fiscales	147
Distinciones otorgadas al Dr. Antonio Caso	155
Obras del Dr. Antonio Caso	157

SE TERMINO LA IMPRE-
SION DE ESTE LIBRO EN
LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL CVLTVRA,
T. G., S. A., EL DIA 7 DE
MARZO DE 1961. SIENDO
SU TIRADA DE 1,000
EJEMPLARES.

UNAM

FECHA DE DEVOLUCIÓN

El lector se obliga a devolver este libro antes
del vencimiento de préstamo señalado por el
último sello.



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

B1019
.C34
G3



* 2 9 2 7 5 *

UNAM - INST. INV. SOCIALES

B1019
.C34
G3

DS. 29275

LUIS
GARRIDO

ANTONIO CASO UNA VIDA PROFUNDA

B1019
.C34
G3

UNA